

CUADERNOS DE PUNTA UMBRÍA



Francisco Morales Padrón

EDITA:
AYUNTAMIENTO DE PUNTA UMBRÍA
CONCEJALÍA DE CULTURA

CUADERNOS DE PUNTA UMBRÍA

Dr. José María ALZOLA,
canso de siempre, en un
día muy especial, con una
felicitación por sus éxitos literarios
que tanto enriquecen
a nuestra historia

Francisco

Diciembre
1999-2000

Cubierta:

“Sombrajos de Punta Umbría”

Acuarela de Gil Vázquez

Colección Morales Padrón

© del texto Francisco Morales Padrón

ISBN: 84-922374-4-9

Depósito Legal: H - 256/99

Imprime: Essan Graphic, S.L. Punta Umbría.

Printed in Spain. Impreso en España.

Francisco Morales Padrón

CUADERNOS DE PUNTA UMBRÍA

Segunda Edición
Corregida y aumentada

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.



Ayuntamiento de Punta Umbría
1999

-780115-

**A Helena, esposa;
a Helena, hija; y
a Helena, nieta, que fueron
niñas en Punta Umbría**

INTRODUCCIÓN

Llamo “Punta Umbría silente” a la gente que no hace ruido -porque el bien no hace ruido- que viven discretamente y que pasan desapercibidas. Acompasan su tiempo al tiempo y son respetuosos con el espacio que ocupan. Testigos serenos del acontecer, de lo que pasa y se aleja, de lo que permanece y dura. Son la Punta Umbría mejor y más auténtica. Presencias delicadamente, ausentes que hacen bien su trabajo y disfrutan calladamente, pero con plenitud, de la belleza que tan generosa se les ofrece.

Francisco Morales Padrón es buen ejemplo de este grupo de personas. Tuve la fortuna de conocerle con motivo de una visita a su casa en El Cerrito para conocer su libro “Cuadernos de Punta Umbría”, que resultó estar agotado y para pedirle su participación en un proyecto de publicación que llevaría el título “Punta Umbría en nuestra memoria”, que de inmediato contó con su entusiasta colaboración y que ya ha sido editado por el Ayuntamiento de Punta Umbría.

Una amable invitación a café en la terraza. Solícita presencia familiar. Recorrido por la casa..., nobleza

de la madera y un poquito de mar, a lo lejos, desde el torreón. Sencillez de casa vivida en armonía.

Después, mientras la conversación derivaba entrañable a la Punta Umbría de su juventud y la tarde ya declinaba, desde la terraza El Cerrito era una isla sosegada.

Ahora el Ayuntamiento de Punta Umbría patrocina esta nueva edición, ampliada, de “Cuadernos de Punta Umbría”, que narra en breves capítulos una visión intimista y amorosa de escenas puntaumbrienses.

Francisco Morales Padrón es delicadeza transparente, suavidad canaria pasada por Andalucía, lujo tácito de Punta Umbría.

Francisco R. Cermeño
CONCEJAL DE CULTURA.

He sentido los campos apasionadamente,
he vivido absorto ante ellos,
sumido en su textura de gran tapiz
botánico y telúrico; he amado, he sufrido
en ellos. A la verdad, solo se ven bien
los paisajes cuando han sido fondo
y escenario para el dramatismo de
nuestro corazón. Conforme avanza éste
por la vida lleva consigo a la rastra todo
el repertorio de sus antiguos paisajes esenciales,
como un empresario de teatro viaja
con sus decoraciones y bastidores.

J. Ortega y Gasset. *El Espectáculo. VII Y VIII P.91*

EXPLICACIÓN Y AGRADECIMIENTO

Poseo unos cuadernos en los que he ido, durante algunos veranos, anotando aquello que llamaba mi atención, formaba parte de mi atmósfera y me serviría para recrear, pasado el tiempo, lo vivido en Punta Umbría, que ha sido mucho. En esta playa onubense he disfrutado de la naturaleza como sólo me fue dado gozarlo en una finca de mi infancia. Y aquí he trabajado intensamente en la grata y dura tarea de escribir.

Un día se me ocurrió que las anotaciones consignadas en diversos cuadernos podían salir en los periódicos. Otro día pensé que tal vez aquel material recopilado merecería ser publicado por una entidad promotora de un ejemplar programa cultural.

Lo escrito sobre Punta Umbría, pueblo joven, es mínimo, aunque la localidad no está privada de temas cuajados de interés como lo evidencia lo escrito en torno a la arquitectura construida por los ingleses. Fueron ellos, relacionados con las minas de Río Tinto, los que descubrieron y disfrutaron antes que nadie la playa de Punta Umbría.

Ellos edificaron en tan extraordinario paisaje unas casas de madera, pintadas de verde, a manera de palafitos, similares a las construcciones que alzaron en sus colonias del Caribe. Ya sólo quedan una o dos.

Las últimas casas de semejante tipo las vi en Cuba (1994), en la playa de Varadero.

Yo llegué a Punta Umbría desde La Rábida, en excursiones que hacía el curso veraniego (1949) de la Universidad rabideña o en piragua. Recuerdo que una de las veces (1953) me acompañó Pepe de la Cruz Bugallal, hoy magistrado. Lo hicimos cruzando temerariamente la Isla de Saltés por la Cascajera, para salir frente al Club Náutico de Punta Umbría.

Desde entonces, razones sentimentales primero, y familiares posteriormente, me convirtieron en habitante habitual durante los veranos de la más bella playa y ría del Atlántico peninsular. Con ella se hermanan las portuguesas de Monte Gordo y Cacela Velha.

La portada de este librito recoge uno de los antiguos sombrajos sustituidos ya por las modernas y vistosas sombrillas. La acuarela- pues se trata de una acuarela- fue el regalo de boda de Vicente Rodríguez Casado, en 1957. La vi, y me encantó, en una exposición del sevillano Club La Rábida; y cuando Rodríguez Casado (Don Vicente, para quienes fuimos sus discípulos) me indicó que su regalo sería uno de los cuadros expuestos que yo escogiera, no lo dudé. El autor: Gil Vázquez.

Tanto la Punta Umbría de los ingleses, como la de los sombrajos, son pasado, historia según se suele decir. Es una Punta Umbría que, en parte, evoca el segundo capítulo. Este, y el primero, forman parte de mi libro *Soñando caminos* coedición lanzada por el Cabildo Insular de Gran Canaria y la Real Academia

Sevillana de Buenas Letras en 1977. Los restantes capítulos fueron escritos en los veranos puntaumbreños de 1992 y 1993, y publicados en el periódico "Huelva Información" al que vuelvo a agradecer la acogida que brindó a mis espontáneas colaboraciones. Son tales capítulos a manera de estampas redactadas al tiempo que releía *Platero y yo*, lectura repetida de mis meses de ocio junto al mar onubense. Porque a *Platero y yo* hay que leerlo bajo esta luz de Huelva, entre estos colores de Huelva, que en los atardeceres del verano alcanzan su máxima belleza. Yo amo a estos paisajes, en los que el mar, el cielo, los pinos, las higueras, las vides, los almendros, los naranjos, las retamas y otros árboles brindan un rostro mediterráneo, apropiado para personajes mitológicos. No es extraño que Colón recalara por aquí en 1485.

Cerca están las minas de Tharsis y las de Río Tinto con el rastro de los fenicios todavía fresco; y está el Coto de Doñana, para que un rey viniera a cazar y científicos a estudiar y las aves a revivir; y el padre Guadalquivir, en cuyas orillas pastan los bueyes de Gerión; y está la rosa de los vientos de Palos y La Rábida con un solo rumbo: el de Canarias y América, tan entrañable para mí.

El interés que en su día (1995) mostraron El Monte en la Caja de Ahorros de Huelva y don Francisco Pérez Rodríguez vinculado a dichas instituciones permitieron una primera edición de estas páginas que ahora, año de 1999, corregidas y aumentadas hacen su segunda aparición gracias a la decisión del

Ayuntamiento de Punta Umbría presidido por don José Hernández Albarracín y, sobre todo, gracias al empeño de don Francisco Rodríguez Cermeño, Teniente Alcalde responsable de la Delegación de Cultura y Urbanismmo, que mostró una exquisita sensibilidad cuando le propuse realizar esta segunda edición. A todas las personalidades citadas hago llegar mi cordial gratitud a través de estas lineas prologales.

**Punta Umbría, octubre de 1995
y septiembre de 1999**

I

UN CABALLO, JUNTO AL MAR

Hoy los niños no estaban y por eso la playa lucía más solitaria y triste. Se oía el aire entre los pinos y las jaras, se oía al mar como cada día, pero en el aire y en la voz del mar ya no estaban colgadas las risas y gritos de los dos hermanos jugando. Durante días los niños -ella y él- han montado una inmensa feria de ilusiones a base del mar, la arena y los restos que forman ese heterogéneo cementerio de la orilla del océano. Ya nada queda de sus carreras ni de sus risas y gritos como si el mar se los hubiera llevado. Pero como un testimonio de su afán de eternidad allí recostada y divagante entre las dunas doradas quedaba toda una ciudad; casas, avenidas de árboles, puentes, carreteras, animales... Viéndola, resucitando la vida que la imaginación de los niños hizo transcurrir por ella, se sentía algo similar a lo que se experimenta cuando se contemplan las ruinas de un pueblo antiguo que los hombres hicieron pensando que iba a durar siempre. También los niños han debido dejarla, soñando con encontrarla el próximo año si vuelven desde su ciudad. Bajo el techo límpido y tranquilo del medio día -según Paul Valery- con *el mar, el mar, sin cesar empezando...* me he abandonado por un

momento al soñar, porque soñar es saber, y me he sentido niño. El mar con su blando vaivén acunaba mi ensueño yendo desde la infancia a la consideración de nuestra infinita pequeñez física e infinita grandeza espiritual. Todo por culpa de los niños y su muerto mensaje.

Desde mi atalaya los he estado viendo durante todas sus vacaciones más cortas que las mías. Nosotros estábamos allí cuando ellos llegaron; nosotros estábamos aquí cuando se fueron. Aparecieron con sus padres que eligieron aquel lugar un tanto solitario para tener más mar, más sol más yodo, más soledad. Y los niños se sintieron dueños del universo y dieron rienda suelta a su fantasía. El mar tenía que ser para ellos algo infinito, inmenso, inacabable; las dunas, un desierto inconmensurable; los restos marinos, la guardarropía de un gigantesco teatro de donde se pueden sacar centenares de objetos, trajes y personalidades; el cielo, un techo de paz; los pinos y matorrales, un bosque misterioso. Su espacio de acción no tenía límites, como su imaginación, aunque algunas veces otros actores entraran en él y recortasen su hábitat de juegos.

Primero, antes que ellos, fueron unos novios. Llegaron una mañana de julio y casi la gastaron toda en construir un sombrero. Se amaron, se fueron y volvieron para desaparecer definitivamente dejando los cuatro postes de su sombrero que otros aprovecharon.

16 Otros eran, deducía yo, gentes de campo,

pertrechadas de mantas, garrafas, bolsos, talegas, melones, sandías y una blancura enlutada en los brazos, rostros y cuellos. Montado el ventorrillo, ellos lo primero que hacían era beber. Beber ceremoniosamente. Ellas, blancuzcas y gordas, en bañador o con trajes, se metían en el mar haciendo gorgoritos y arrumacos como si se tratase de la primera caricia o beso del varón. Ellos una vez cobrada fuerza con el vino, se iban a jugar con ellas, mas impúdicas que en bikini con sus trajes mojados y pegados al cuerpo... Como si se tratase de un rito bautismal se echaban agua por la cabeza, el pecho, las axilas, antes del chapuzón. Luego, mientras ellas preparaban la comida, ellos paseaban su piel sombreada a rayas por la orilla del mar saqueando con la vista a todas las venus ozonizadas paseantes o varadas...

Otras veces el espacio vital de los niños lo acortaban otras familias con niños. Estos, unos a otros se miraban con recelo, sin atreverse a entrar en contacto. Al final, tácitamente, quedaba hecho el pacto sobre las esferas de acción. Terminaban ignorándose.

Nunca faltó el señor-reloj. Diariamente, puntual, como un avión de línea sobre una vertical, pasaba dando su paseo. Cruzaba a la una de la tarde y regresaba a las dos.

Buscando intimidad, se aposentaba a veces alguna pareja de enamorados. Conjugaban sus verbos, se creían estar solos, y se iban.

Después de los domingos y días festivos, quienes atropellaban el espacio de los niños no eran seres humanos, sino el *incivismo* de las personas egoístas

que dejaban la playa mancillada con botellas rotas, latas vacías, cáscaras de frutas y restos de hogueras. A veces el mar, como compensación, les ofreció a los niños hermanos el regalo mañanero e insólito de una barca blanca herida de muerte.

Hoy no hay nadie. Sigue el mar fiel a su cita diaria, llegando y yéndose en continuo coqueteo, algo melancólico, porque los niños no le golpearán en su lomo como otros días. Sigue el cielo, siempre azul, ponderado y sereno. Entre el mar y el cielo continúa el ruido rítmico de unos barcos y el discurrir silencioso de unas gaviotas y balandros. Al otro lado del mar, y bajo el cielo, continúan la arena y los pinos. La arena virgen, limpia, rizada por la caricia del viento; y la arena bastarda, prostituida por los hombres y el mar, que la han llenado de detritus. Los pinos también permanecen dando su sombra generosa, a cambio, tal vez, de una *puñalada trapera* de un inconsciente...

Los niños no están. Hoy no hay nadie. Sólo yo y Helena. Helena y el mar. En silencio desparramamos nuestros ojos por *la ciudad de los niños*.

No hace falta que nos lo digamos, estamos pensando lo mismo. Pocas cosas encogen más al corazón que un juguete huérfano del cariño de un niño. Podemos concebir a un niño solo; sabemos que en él potencialmente hay miles de posibilidades con relación a un mañana, sabemos que él con la grandiosa fábrica de su imaginación puede construir

juguetes reales e irreales. El niño no necesita del juguete para existir, pero el juguete sí que necesita del niño. No tiene razón de ser un juguete sin un niño que le dé vida y vuelque en él el universo de su fantasía. Por eso aquella *ciudad* sin los niños que la alzaron semejava una ciudad fantasma, una ciudad abandonada precipitadamente por sus habitantes. Carecía de latidos, de razón de ser, estaba muerta.

De pronto, entre las jaras y hierbas, descubrimos un caballo. Estaba hecho de una caña reseca; su crines eran tiras multicolores de un T.B.O.; su cabeza un trozo de corcho; sus ojos y boca, unas conchas blancas; su nariz un tapón; sus orejas, bien enhiestas, unas balbas... En un agujerito del corcho había un rollo de papel. Parece un mensaje. Lo es. Con dolor, dejando atrás días intensamente felices (como el mar, el cielo y el sol nos suele hacer), los niños han querido expresar una última quimera. Dice así: *Quien encuentre este caballo, que lo cuide bien, pues le tengo mucho cariño. Se llama Relámpago y en un agujerito que tiene al lado de la boca se le pone un pitillo, pues le gusta fumar. Está hecho con todo el cariño del mundo, y si se monta sobre él verá qué bien corre.*

Relámpago es el mejor, el más fuerte y veloz, y sólo lo monto yo. Gana todas las carreras... Domingo, 5-9-71. Y firma Mónica, que desprovista de afeites femeninos para ocultar una edad, nos la confiesa entre paréntesis (13 años), junto, creemos, con su hermano, Ernesto. Se han expresado como una sola

persona, prueba de su identificación y tratan de usted, evidencia de su educación, a quien encuentre su caballo junto al mar...

Dulce caballo, trotón, que ha llevado sobre su lomo más el alma que los cuerpos de dos niños y que ahora yace desamparado, esperando que el verano cierre sus puertas y las abra el otoño cuajado de melancolía.

Quizá alguien, con la misma falta de educación cívica con que trata al pinar y a la playa, maltrate a *Relámpago* y acabe destrozándolo, y con él el sueño sin vallas de dos niños. El caballo ha adivinado mi pensamiento. Su cara casi tiene una expresión humana. *"Un momento... -le digo- vengo a estar con tu muerte. No he vivido. Nada ha pasado. Ya los niños y las niñas son hombres y mujeres. La ruina acabó su obra sobre nosotros... Y sobre su desierto estamos de pie, dueños de la mejor riqueza: la de nuestro corazón"*. (Platero y yo) *Y he tomado a "Relámpago" de ronزال y me lo he llevado a mi casa para que no sepa lo que es la soledad.*

II

PUNTA UMBRIA, AYER Y ANTEAYER

Punta Umbría ayer es la Punta Umbría de la década de los cincuenta y sesenta. Una Punta Umbría más cercana a la de anteayer que a la de hoy, porque apenas en el término de diez años la hermosa localidad ha sufrido más transformaciones que en medio siglo. Hasta 1950 la playa puntaumbrieña quedaba clavada en la retina del visitante como un paisaje con mucha arena, unos sombrajos típicos, unos chalets de madera ingleses, unos caminos de tablas, unas *casas de salud*, la iglesia, el torreón y el *pueblo de pescadores*. La localidad era como una isla rodeada de mar y pinos y extendida entre la Canaleta y la casa del ingeniero forestal por un lado, y por el otro el pueblo y la playa o zona de veraneantes, con una delimitación o separación con aquél más marcada que actualmente. A la isla, como a todas las islas, se llegaba por mar, usando *la canoa*. El onubense capitidisminuye siempre sus sistemas de transporte o los metamorfosea y así habla de la *canoa* por un lado y de la *camioneta* por otro cuando se refiere a los autobuses.

La canoa y su arribada eran medios y ocasiones de gran actividad social. La canoa se llevaba por la

mañana a todos los profesionales cargados de carteras y de encargos. El trayecto de una hora servía para comentar, charlar, leer o presumir de últimas adquisiciones. Aún recuerdo yo la exhibición de transistores con los que algunos hacían alardes y demostraban estar *avant la page* en aquel caminar hacia el progreso... El retorno de la canoa era otra delicia; como lo era su atraque presenciado por curiosos y los que iban a recibir al familiar y a recoger los bártulos transportados desde diversos puntos de la geografía local o nacional. No hace mucho, en la Isla de Gorée (Senegal) pude volver a contemplar este espectáculo ya perdido en Punta Umbría.

Intimidad, familiaridad, conocimiento, seguridad, limpieza, silencio eran notas de ayer. Cualquier extraño se hacía notar de inmediato. Como el único cordón umbilical con el mundo lo constituía la canoa, todo era controlable y cualquier casa podía dejarse abierta que nada faltaba.

Sobre el conglomerado humano general se destacaban unos tipos por sus funciones: don Lorenzo *el cura*; Pepe Figueroa, alcalde pedáneo y farmacéutico; don Emilio, el médico; Vides *el cartero*; Rafael *el de los burros*; Pascasio *el de las canoas*; Rosario *la de la fonda*; el guarda forestal, y *el ingeniero*... He aquí las fuerzas vivas, con la Benemérita, de hace unos veinte años. Al igual que se tiene o tenía un médico de cabecera, cada familia contaba con su albañil, su guardesa, su fontanero, su panadero...

La vida económica se manifestaba en la Lonja, en dos o tres tiendas de las que aún queda *La Mezquita*

y, sobre todo, en el mundillo con aires de zoco del mercado. Era infame, hay que reconocerlo. La pomposamente llamada entonces *Calle Ancha* la ocupaban en parte los puestos de los agricultores que venían de los contornos a ofrecer sus productos en unos tenderetes que les servían también de habitáculo; allí dormían durante la noche, bajo los gigantes eucaliptos que protegían a la farmacia, al mercado y a la fonda *La Aurora*. En torno al mercado, como siempre sucede, o entorno al muelle turístico o de pescadores, se alzaban los cafés que siguen vigentes aunque su familia se ha multiplicado. En el sector industrial, aparte de la actividad naval, lo más notable, por necesaria, radicaba en la *Fábrica de Gaseosas*, y la *Fábrica de Hielo*. El sector servicios, entendiéndolo por electricidad, comercio, transportes, comunicación pública y servicios profesionales, era el más notable como corresponde a una vida de descanso o turística. Aquí era donde jugaban su papel esas figuras populares, conocidas por todos y que hemos citado. Alguien cuyo nombre no recuerdo ahora mismo cobraba los recibos de la Sevillana de Electricidad que había que ir a pagar a una habitación situada detrás del cuartel de la Guardia Civil, en un transformador. En el sector transportes la *flota* de Pascasio con nombres decimonónicos llevaba y traía a todo el mundo. El pizarrón en la plaza y unos impresos repartidos a principio de temporada anunciaban las salidas de la *Angela Marisa*, *La Belleza de Alicante*, *La Dolores*, *el Juanito*, *el Rápido*, *el Chimbito...*

Cuando llegó *el Rapido* se batió un récord, pues se logró hacer la travesía en 45 minutos... Una vez en tierra todo dependía de Rafael. Tenía su estacionamiento a la izquierda del embarcadero. Los sumisos y humildes burros aguardaban bajo la canícula como los taxis esperan ahora junto al nuevo mercado. Lentos, sin agobios, desandaban los vericuetos de las callejas silenciosas cargados de camas, colchones, neveras, mesas... o llevando el agua potable para su venta por las calles. Agua que se traía de Huelva en un lanchón-aljibe. No había prisas. Ni la tenían Rafael ni sus burros, ni Vides, cartero pseudoficial. Si Vides no portaba la carta había que ir a buscar *al puesto de Antonio* que estaba en la plaza. La otra relación con el exterior se hacía a través del teléfono. Fue el teléfono otro instrumento para desarrollar la vida social y para poner a prueba la paciencia de los veraneantes. Cuando llegaba el *aviso de conferencia* se trasladaba el convocado al locutorio, sito en el Ayuntamiento, y allí con otros pacientes, aguardaba el feliz momento. Mientras, se podía leer, conversar, o ver pasar las canoas por la ría.

En el mismo edificio estaban las oficinas de la administración pública o Alcaldía Pedánea, dependiente del Ayuntamiento de Cartaya. Pepe Figueroa fue el pionero y quien abrió la lista de los mandatarios a los que Punta Umbría debe lo que es hoy. Dentro de los servicios profesionales, la figura más importante era la del médico, don Emilio. Todavía en 1958 se le llevaban los enfermos en caballería a la consulta, mientras que él hacía sus visitas profesionales montado también en maja bestia.

Un subsector hoy clave en la economía del país es el turismo: el turismo con todos los servicios anejos de hoteles, centros comerciales, locales nocturnos, agencias de viaje, sistemas viales, etcétera. Por aquel entonces el turista contaba con la fonda *La Esperanza de Rosario*, el *Hostal Extremeño*, *La Aurora*, *La Higuierita*, *La Casa de María Mandao* y alguna otra pensión que no nos viene al magín. Rosario representaba todo un carácter o personaje y su fonda, donde vivimos varios veranos (en el *palomar*) de lo más conocido junto con el *Hostal Extremeño*. Hasta ella llegaba con nitidez la música nocturna del *Chimpún*, local para bailar donde hoy está el cine San Fernando. Más allá, ya dentro del pueblo de pescadores, había otro local de bailes que algunos llamaban despectivamente *Chachapoga*.

Como audaz excursión se planeaba llegar hasta la Laguna del Portil. En burros o caminando se aprovechaba la marea baja para alcanzar lo que se consideraba un inédito y paradisíaco paisaje. Y bien que lo era. Casi como Punta Umbría a la que de pronto un buen día y por esa ruta del Portil le llegó la invasión que rompió con su enclaustramiento. Muchas cosas mejoraron, otras empeoraron. El pueblo, el auténtico pueblo de Punta Umbría -no el transitorio del verano- hizo notables avances en muchos aspectos. La zona veraniega, agigantada como nadie lo podía imaginar, rompió las vallas que le separaban del lugar, se entremezcló con él, se dilató, subió hasta las alturas y le dio más nobleza a sus construcciones con intenciones

de prolongar su utilidad. La casa de madera, la frágil *casa de salud* con sus sillas de anea, dejó el sitio al suntuoso chalet al que llegó el agua corriente y el alcantarillado haciendo pasar a la prehistoria los aljibes, pozos y motores, fuentes de continuos quebraderos de cabeza. El mismo silencio invernal que solía posarse sobre *la zona de los veraneantes* huyó, pues las casas tuvieron un uso también en esta época. La hormigonera, los coches y los televisores acabaron con el sueño de bella durmiente de Punta Umbría y la empujaron hacia otra etapa de su existencia que es el hoy tan problemático como el ayer, quizá con menos personalidad, más vulgar, pero ancho de esperanzas y futuros.

III

LIRIOS DEL MAR

¿Quién plantó este lirio de mar? Le llamo así a falta de su verdadero nombre. Su exhibición en el arenal constituye una auténtica lección. En medio de los penachos de esas hierbas que recuerdan al ichu andino, se alza verde, blanco y humilde esta mata-flor que hemos denominado lirio marino. Impávido, balanceándose ligeramente, aguanta todo el verano regalándonos la blancura de su flor. Las hojas verdes semejan a la de los lirios.

¿Dónde está su lección? En primer lugar en la generosidad de la que hace gala al proporcionarnos su estética -porque es bella- sin pedir nada a cambio, como decía el poeta de la estrella. En segundo lugar, en su resistencia frente al sol, el viento y el mar. Pero no concluye aquí su pedagogía.

Su reciedumbre es, sin embargo, toda fragilidad. Si intentamos arrancar su tallo, débil como un espárrago, se parte enseguida, y la flor se marchita y desaparece en cuestión de segundos. El tallo, verde al exterior, se torna blanco bajo la arena, y concluye con un color terroso al acercarse al bulbo escondido profundamente. Unas raíces blancas, cual fideos gordos,

parten del tubérculo, buscando la humedad vital. Entre las hojas, se ven un ramillete de semillas como nueces.

Llegar hasta el tubérculo cuesta un gran esfuerzo. Desde las semillas a las raíces hay una distancia de casi un metro. Y aquí está la otra gran lección de esta femenina y bella flor. Porque hay que derrochar bastante trabajo, cavar mucho, para lograr desarraigarla, arrancarla de su medio arenoso. Guarda su misterio y esencias muy recónditamente, muy profundamente. No se entrega con facilidad. Defiende celosamente su misterio. No es como muchos seres actuales que aquí, en la playa, o en cualquier banco público, se ofrecen y entregan totalmente sin pensar que el ser humano desea más, ama más, y también teme más, a lo que se ve obligado a conquistar sin facilidades. Y a lo que le ofrece misterio.

IV

DOMINGUEROS

Los domingos y días festivos, nuestra soledad montada más allá de donde la gente se apretuja se ve interrumpida y rota. Hay más coches estacionados en la carretera. Los domingueros se descubren por la blancura de su piel y por el derroche de energía. Corren y juegan con fruición. Comen y beben desde que llegan. El agua y los aires yodosos estimulan la segregación de jugos gástricos. O es que hace tiempo que salieron de sus casas, muy temprano, para llegar al litoral soñado. Chapotean en el agua. Saltan, juegan con balones de propaganda. Levantan tiendas y sombreros donde las parejas de novios retozan descaradamente. No falta el niño pequeño que llora ante el agua, o el que juega con leite en los charcos y hay que separarlos del agua a la fuerza: Esta gente nos acompañan con sus ruidos y con su presencia, pero a nuestro egoísmo y sensibilidad les molesta su general falta de civismo. El ámbito que dominamos y que creemos que es nuestro, queda desoladamente sucio de latas, botellas, cáscaras de frutas y plásticos.

Siempre, en los primeros días del verano alguna familia de éstas o alguna pareja levanta una choza o

cabaña con restos arrojados por el mar. Bidones, negras maderas, cajas, cartones y ramas de árboles se utilizan cual piezas de un mecano. Y así surge la choza o sombrero.

Este año han sido dos, una a cada lado de nuestra duna-otero ¿Quiénes la alzaron? Luego llegan otras gentes y las usufructúan, o no se atreven a acogerse a su sombra pensando que cuentan con un dueño. Muchas historias podrían contar estos habitáculos oscuros y mudos. Su aire robinsoniano atrae a las mentes infantiles; y su sombra y agujereada intimidad han proporcionado horas de felicidad a muchas parejas. Cuando se quedan solas adquieren un aire siniestro, de crimen.

V

EL LORO

El período vacacional de verano suele originar un trasiego de objetos y de bártulos desde el hogar en la ciudad a la morada estival, playera en este caso. En la baca de los coches y en sus portamaletas entran colchones, bicicletas, sombrillas, palanganas de plástico, cochecitos de niños... Dentro se apretuja el personal con plantas y animales. El gato, la perra, el canario, las plantas delicadas... Todo lo que es vida y que, por lo mismo, deseamos seguir compartiendo con la nuestra, sube con la familia y viaja con ella.

Una familia amiga posee un loro. Su presencia es imprescindible porque habla, claro. Y sus silencios se notan. Lo trajeron de Guinea. Es gris con la cola roja. Llama a todos los miembros de la familia por sus nombres. Los reconoce, sin duda, por el sonido de la voz. Cualquier ruido que escucha lo imita a la perfección. Durante la mañana permanece en la terraza, callado. No habla. Medita. Por la tarde se pone nervioso y rompe a hablar *como un loro*. Se pasa el tiempo hablando solo o llamando a tal o cual si siente su presencia. Cuando alguien toca en la puerta del apartamento los de la casa suelen gritar ¡Vaa!.

El loro lo imita perfectamente... Más de una vez, no habiendo nadie dentro, han llegado visitas que han tocado el timbre, y el loro ha contestado. El visitante un tanto extrañado y asustado se ha ido al ver que, sin embargo, la puerta no se abría.

Durante la noche lo colocan en el cuarto de baño, pues la terraza pasa a ser el dormitorio de tres perros que completan la familia. El loro, curiosamente, se excita cuando entran varones, no así cuando la visitante es una señora. Por eso en la familia mantienen la duda de si es un loro o una lora.

Anteriormente tuvieron otro, mucho más hermoso, pero que no aprendió a hablar. Y es que, como dice García Márquez, *loro viejo no aprende a hablar*. Se murió pronto. Por eso; porque era muy viejo. Fue entonces cuando supieron la razón del dicho *hincó el pico*. Y es que el loro al morir clava el pico en su pecho. El sustituto se ha dedicado este verano a imitar las voces del panadero y más de una vez ha engañado a los vecinos gritando ¡Panaderoooo!

VI

LOS CHIQUILLOS

El canto irregular y desafinado de un grillo nos recibió hoy. Jamás lo había escuchado. El zumbido de una mosca inoportuna, el correr del viento, el crujir de una revista al pasar sus páginas o al golpearla el aire, el rumor del mar, las voces lejanas de las gentes, el llanto de un niño, el ruido de una pelota o halón golpeado, el rum-rum de una motora... Son los sonidos de la mañana estando junto a la orilla.

La voz del mar, rítmica, viniendo y yéndose, actúa de fondo en el que se incrustan los demás sonidos. Pero yo, atento al grillo, prescindo de todos hasta que aparece la banda de chiquillos.

Eran cuatro. Tendrían de siete a ocho años. Primero los vi en la carretera, junto a los coches dejados por sus dueños bajo unas sombras. Ahora venían por la playa. Les grité. Pusieron cara y actitud de echar a correr si yo daba un paso hacia ellos. No me agradaba su merodeo. Cuando nos cruzamos nos observamos mutuamente.

El más pequeño tenía cara de viejo. Llevaba un pantalón de baño bicolor y la camisa en la mano. Otro vestía una blusa roja; y el tercero lucía un niki de rayas blancas y azules horizontales. Sólo uno

llevaba pantalón largo, arremangado. Era el que portaba una botella de gaseosa, medio llena de agua de la que tiraba por una cuerda. Iban saltando felices por el agua, con sus pobres ropas, con sus cuerpos desnutridos y caras de viejos; y con su botella. Los vi alejarse considerando que no poseía ninguna razón para pensar mal de ellos. Sólo su aspecto. Pero ¿cuál es el aspecto de la gente de hoy? En la playa, además, todos los gatos son pardos, que no es lo mismo que todos los pardos son gatos.

VII

LA LANCHA

La lancha rápida corta el agua a cuchilladas. Su herida es blanca, pero apenas dura en el lomo del océano que borra o coagula el tajo y queda inmediatamente azul. La embarcación veloz se va perdiendo en lontananza y nuestra ilusión se disuelve con su total difuminación. Cuando la vemos venir dando tumbos, encabritada cual caballo salvaje en el que va una lady Godiva raptada, soñamos con ser el auriga. Más por la velocidad que por la cabellera o la mano agitada que dice adiós... La atracción que sentimos por la motora tiene su origen más en su velocidad que en la figura femenina entrevista, aunque ambas -velocidad y mujer- llevan consigo el ingrediente del peligro que siempre y desde siempre subyugó al petulante ser humano que araña al mar con la veloz canoa.

Cual libélula gigante y metálica pasa también un helicóptero. A veces nos traicionamos -¿nos traicionamos o somos fieles a la infancia?- y le llamamos autogiro. Porque así se llamaban los de nuestra niñez, que una vez sentimos la emoción de construir a base de un recortable. Quedó muy bien; aún lo veo en mi imaginación. El maestro lo expuso junto a un barco

de guerra, una casa y otros modelos dentro del armario que hacía las veces de biblioteca. Una biblioteca que contaba con *Las minas de rey Salomón*, *La isla del tesoro* y una biografía de Livingstone. Libros para soñar y viajar sin moverse. La presencia de la lancha y del helicóptero incitan y renuevan viejas ensoñaciones o apetencias. Mi autogiro escolar de cartulina se ha convertido en este *caballito del diablo* o libélula de hierro y cristal gigante, que porta en su estado de gravidez el feto de un hombre con una cabeza desmesurada. Es lo que me parece el piloto con su casco; el feto del helicóptero.

VIII

VERANEANTES

Llegan y se van casi siempre a la misma hora. Vienen solos. Únicamente en una o dos ocasiones les acompañaba una niña de unos 14 años. Deduzco que se trata de un matrimonio por la ausencia de arrumacos y caricias, tan propios de los antiguamente llamados novios.

Se instalan aparte. Abren Su sombrilla. Ella se unta sus cremas y luego toma el sol. El lee o escribe, medio en la sombra. No hablan. Comparten silencios o mantienen sus almas en conversación consigo mismo. Sin duda se quieren mucho. Dicen que *amar es envejecer juntos*. Lo escribió Françoise Mauriac. Si pasean lo hacen a ritmo rápido, al ritmo de él, que lleva puesto un sombrero de plantador de caña antillano. Ella viste un bikini y sus gafas. Al regresar, él deja sus sombrero y gafas y ella se toca un casquete de plástico. Gozan del agua a distinto nivel. El nada y penetra más; ella juguetea casi en la orilla, donde sabe que no pierde pie. Desde mi observatorio percibo cómo se juntan y se alejan llevándola él más adentro. Hablan. Salen tranquilos. Se sientan en un gran charco tibio y se godean y regodean con su agua.

Vuelven a la sombrilla. Él permanece de pie, con el sombrero puesto. Creo que se cambia de pantalón. Ya no lee ni escribe. Mira hacia el horizonte marino. Ella también pero sentada. Pueden tener 30, 35, 40, 45 años... No lo sé. Vienen y se van juntos a gozar del mar, del sol y de los silencios. ¿Quiénes son?

IX

QUE EL PESCADO ES CARO

No hay barcos en el horizonte; tampoco advierto la presencia de bandadas de gaviotas. El verano pasado recuerdo que sí las había. Si me acuerdo ahora de los barcos es porque esta mañana temprano estuve en la Lonja viendo y oyendo subastar la pesca. El pescado es caro, muy caro.

¿Quién hace su agosto?

Los barcos zarparon por la tarde y dejaron las artes caladas a siete u ocho metros de profundidad. Hoy temprano han ido a recoger la pesca. Es pobre. Van llegando al muelle y arrojando lo capturado: brecas, salmonetes, chocos, langostinos, lenguados, acedías... El suelo mojado de la Lonja se convierte en un precioso bodegón.

El pregonero inicia la subasta con una salmodia extraña. Canta una cifra en duros y a partir de ella descende de dos en dos: 200, 198, 196, 194. No se muestra muy ortodoxo ni en la pronunciación ni en la cifra. Va descendiendo velozmente por la escalera de los números, hasta que alguien de los presentes dice Mio o levanta la mano. La adjudicación se hace por la última cifra cantada, menos dos duros. Ese alguien, comprador, exportador, hotelero, posee un carnet de la Cofradía que le permite efectuar la adquisición que acaba de hacer.

El pregonero o subastador rellena unos papeles donde constan el nombre del barco, la cantidad en pesetas de la venta, el nombre del comprador... Este también hace su ficha. Y dará un 1 por ciento para el muelle en tanto que el vendedor entregará el 5 por ciento para la Cofradía.

¿Qué gana el pescador? Tras deducir los gastos del barco, el reparto se hace por mitades, entre el dueño de la embarcación y el marinero. Y aún decimos que el pescado es caro.

X

EL PERRO Y LOS CHIQUILLOS

Desde la lejanía situada a mi izquierda, se fue acercando al trote. Era un puntito movible, que crecía con rapidez. Si hubiera sido negro su figura hubiera resaltado más sobre el azul del agua, el festón blanco de las olas o la planicie dorada de la arena. Era blanco con grandes manchas marrones. Miraba continuamente hacia su izquierda, hacia el mar. Yo sólo distinguía una lancha motora que caminaba hacia el mismo rumbo, hacia mi derecha ¿Iba allí su amo?

Al llegar a mi altura se paró, nos miró y se encaminó hacia nuestra posición sin llegar a ella. Volvió a la orilla y siguió su caminar, jadeante y cansado. Dos chiquillos vendedores de patatas fritas venían en sentido contrario con sus cajas de cartón colgadas al hombro. El perro no les rehuyó atento a algo misterioso que le atraía. Los chiquillos intentaron darle una patata, pero el can los burló ágil y rápido. Continuó trotando hasta convertirse otra vez en un punto que acabó diluido entre la arena y el mar. También los infantes vendedores se diluyeron hacia mi izquierda.

Hoy ha aparecido uno solo de los vendedores. Se ha detenido y me ha rogado le saque las cuentas de

sus ventas. Parece algo tontón. Le han dado 60 bolsas, más 19, me explica. Son en total 79, le aclaro. Las ha de vender a diez pesetas cada una. Me entregue el dinero hecho hasta el momento y compruebo que ha vendido 39 bolsas, sobrándole 4 pesetas.

¿Te dan propinas? No ¿Entonces cómo te sobra dinero? Es que las cobra a 15 pesetas. Es pícaro, no es tonto. Así no sale la cuenta. Pero a él lo que le interesa saber es cuánto dinero es ya 'suyo', y cuánto al final de la jornada. Depende, le digo, de lo que vendas y a cómo lo vendas. Exhibe siempre una media sonrisa colgada en los ojos. Muestra los labios algo reventados. Muestra su admiración por mi habilidad para multiplicar y sumar en la arena con el dedo gordo del pie. Porque así le he hecho las cuentas. A mí, oiga Vd., me dice, no me salen las cuentas en la arena. Con un bolígrafo y un papel sí.

XI

LETRAS EN LA ARENA

La arena de la playa apretada y dura semeja una pizarra que crece y se agranda a medida que el mar se bate en retirada. Lo es para los enamorados que dibujan en ella inmensos corazones y flechas gigantes, y para los niños y muchachos que escriben sus nombres con el secreto deseo de que alguien los lea y sepa quienes son o sepa que ellos estuvieron por allí. Pero el paseante no los conoce y, displicente o ajeno, borra el nombre con sus pies o mutila el corazón que se desangra por la huella del pie humano, o por la cinta que trazan las ruedas de la bicicleta, o por el carro que imprime las hondas huellas de un doble carril.

Esta caligrafía efímera es un testimonio más del anhelo de perennidad del ser humano. Por doquiera que va procura dejar vestigios de su existencia y presencia.

Aquí estuve yo -yo que existía- dejó dicho el hombre prehistórico que pintó en el interior de la cueva figuras de animales y seres como él, o que dibujó en la roca a la intemperie espirales, círculos, rombos u otros extraños símbolos, tal como todavía nosotros mismos hacemos inconscientemente ante un papel blanco mientras meditamos sobre cualquier problema, "Aquí estuve yo" -yo que existía- proclama

cualquier hombre de cualquier sitio al escribir su nombre en una pared que a veces pertenece a un monumento.

"Aquí estuvimos nosotros" divulgan los enamorados (por lo menos los de antes), que tatúan en la corteza de un árbol unos nombres entrelazados por la silueta del corazón.

Todo pasa, todo desaparece, y más pronto que nada esa caligrafía con mensajes, con nombres, con símbolos, escrita en la arena.

El trazo humano en la arena es tan delicado como el pisar de las gaviotas, como las huellas de unos pies infantiles, o como esas líneas cual labios gigantes que va dejando el agua a medida que se encoge en la bajamar. Basta una hora de sol y viento ligero para que todo desaparezca borrado.

O que el mar regrese, como cantaba Miguel Hernández:

Escribi en el arenal / los tres nombres de la vida: / vida, muerte, amor. / Una ráfaga de mar/ tantas claras veces ida, / vino y las borró.

XII

LOS VELEROS

Ayer pasó uno muy junto a la playa, tripulado por un muchacho. Iba rápido, muy rápido. Le envidié. Hoy ha pasado otro llevando a bordo una pareja de jóvenes. Iba lento, muy lento. Les envidié. Mar adentro, cabeceando y con aire descubridor, navegaba un pesquero. Su vela preñada de viento se movía inquieta y a veces se quedaba desinflada. En uno y otro caso el placer resulta indudable.

El solitario que conduce dócil su balandro inclinado, cortando el mar como con un cuchillo a base de dominar el viento; la pareja que se ama y ama deslizarse silenciosamente por el agua; los pescadores que retornan al puerto o van hacia los bancos de pesca...

Todos saben del placer que supone dominar a los elementos -aire y agua- y sentirse cerca de la naturaleza. Es algo limpio, noble y excitante, a la par que relajante. No supone lo mismo navegar en la lancha a motor rápida, ruidosa, exhibicionista, en la que el hombre atento a la máquina apenas tiene tiempo para contemplar las iridiscencias del agua, el volar arrítmico de unas gaviotas, la belleza de unos celajes... El hombre, la pareja o el grupo de la lancha rápida, van dándose como espectáculo. Quieren a veces llamar

la atención y despertar envidias. Logran ambas cosas en más de uno. Los del balandro discurren sin prisa, sin ruido, modestamente, sin convertir el mar en un escenario, gozando de la naturaleza en la que se integran. Navegar en silencio y sin prisas, relaja; navegar con ruido y velozmente, excita.

XIII

LA CANOA

Hacía años que no montaba en ella. Volví a hacerlo y el viaje resultó un grato placer, pese a que la canoa que me correspondió tomar estaba algo cutre. Más que cutre, *fané y descangallada*. Y al final se verá la razón de esta letra de tango.

No me di cuenta si lucía nombre. En años idos la canoa era una prolongación de cualquiera de los ámbitos donde la gente desarrolla una actividad social. La plaza, por ejemplo. Los profesionales que ahora con sus coches originan largas caravanas en horas claves eran sus clientes en concretos momentos. Formaban corros, charlaban, contaban chistes y comentaban esas cosas que el hombre, desde que es hombre, comenta. Más el fútbol. Digo que no observé si la canoa se llamaba *Angela Marisa*, *Belleza de Alicante*, *María Luisa*, *Juanito o Chimbito* ¿por qué de esos nombres? Serían de los miembros de la familia que regentaban el negocio. Decir la *María Luisa* era casi como hablar de la *Fornarina*; aludir a la *Belleza de Alicante* era como referirse a la Bella Otero. *El Juanito* y la *Dolores* traían reminiscencias de libro para aprender a leer y de jota. Y *Angela*

Marisa equivalía a Luisa Fernanda. Tardaban cerca de una hora en el recorrido; hasta que apareció el *Rápido*, que disminuyó el tiempo. Luego llegó el *Chimbitito*; era como el Bucentaurus, la nave desde la cual cada año el dux de Venecia se desposaba con el Adriático para *resaltar* lo que el mar había significado en la vida de la ciudad. Con lo dicho no estamos pretendiendo establecer una comparación entre este pueblo y Venecia. Dios me libre, pero sí significar lo determinante que el mar ha sido en sus vidas y que bien mereció el honor de la heráldica junto a una torre y un pino. Más acorde con la tradición marinera de la región hubiera sido llamar a los barquitos de servicio carabelas en lugar de canoas. Posiblemente el sentir popular consideró que ello equivalía a humillar la memoria de los gloriosos barcos descubridores y optó por el vocablo indio, canoa. Colón las vio el 13 de octubre y como ignoraba su designación las llamó *almadrás*, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedazo. Después aprendió su nombre y fue el primer americanismo que ingresó en la lengua castellana junto con hama-ca. Viajando, pues en la canoa llegué a Huelva. Repasé el paisaje de toda la vida, algo degradado, y en mi lamentación por ello y en mi tristeza recordando a tantas personas amigas con las que viajé en la canoa, eché a faltar aquél triste portugués, que con un triste acordeón, tocaba tristes canciones en las canoas de antaño.

XIV

LA MISA

Muy de mañana el pueblo es una delicia, yace todavía arropado en un tonificante silencio. Ni voces, ni televisores, ni radios. Sólo el grato ruido de una escoba o del agua que una señora siembra en su calle. Dentro de una hora todo habrá cambiado.

En torno a la parroquia transitan más hombres que mujeres. Muchos en pantalón corto; llevan el periódico bajo el brazo y un cartucho de churros amorosamente empuñado. Algunos lo sostienen con tal unción y con las dos manos que por momentos parece que van a *alzar*.

Volver a la misa veraniega de la misma hora motiva siempre reflexiones. Es una cita anual, como lo es en conjunto todas las vacaciones. Nos reencontramos con seres que sólo vemos en verano.

Con tal motivo se agudiza la sensación de contingencia, y aunque el cura, con razón cristiana, se empeñe en afirmar que el hombre no es un ser nacido para la muerte, lo cierto es que este es el sentimiento que prevalece al comprobar las ausencias. Ya no está aquel matrimonio sin hijos que siempre comulgaba y él no se arrodillaba. El anciano a quien

acompaña su esposa y sus nietos se muestra más delicado y anda con bastón ahora. Sigue igual la señora enlutada, continuamente seria.

No veo a la que se apresuraba a realizar la colecta. Unos cortinúan iguales, más viejos, más gordos. Otros no siguen o han optado por otro horario.

El párroco es el mismo. Una persona gruesa, calva, llena de vitalidad a juzgar por su rápido andar. *Mirad hermanos*, suele decir. No sé por qué me imagino que canta mientras conduce el coche. Si es que lo tiene. Al comprobar su permanencia recuerdo a los anteriores curas: Don Lorenzo, Don Sebastián... Recuerdo también los tiempos de la misa en la hoy Capilla de Lourdes o al aire libre. Recuerdo a Don Lorenzo, que nada sabía aún del Concilio Vaticano II, y al que ayudaba un joven acólito-sacristán, vecino del pueblo al que volvemos a referirnos en el capítulo XLVV.

Ya no existe ese sacristán acólito; los curas no son sólo uno; por eso, tal vez, no sabemos sus nombres. Pero los sacerdotes de ayer y los de hoy me dicen lo mismo, que es lo que importa y para esa angustiosa sensación de contingencia que tengo, me viene muy bien reflexionar sobre aquello de, *Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

XV

RUIDOS CASEROS

Cada casa posee sus propios ruidos. Esta casa de la playa los tiene distintos a los de la ciudad. No faltan los sonidos comunes, que se repiten en una y otra morada. El de la TV, por ejemplo, que muchas personas, incluso, la encienden para oírlos y sentirse acompañadas.

Nuestras casas están caracterizadas por sus propias resonancias, que forman parte del ambiente. Una casa es luz, es olor y es fenómenos acústicos. Hay habitaciones claras, gozosas de luz, y otras interiores oscuras. Su orientación nos lleva a mover persianas y cortinas de acuerdo con el momento. Se convierte en casi un rito la tarea de correr cortinas o recorrerlas, bajar o subir persianas, según la posición del sol. De la misma manera no es igual el olor de los cuartos de baño que el de las cocinas. Inclusive, y al igual que la luz, resulta cambiante el olor según la hora del día. El café no sólo se percibe por el gusto y el olfato, sino que suena. Suena cual diana mañanera poniendo en vigilia al cuerpo. Hay un olor de las mañanas, como existe un olor en el momento de la limpieza, como hay un olor del jaboncillo de verano distinto al habitual.

Dejando de lado al tacto y el gusto, aunque nuestras moradas no están exentas de sabor, mezcla de luz, olor y sonido, y volviendo al sentido del oído, hemos de admitir que las sensaciones que nos producen los ruidos y sonidos en nuestras viviendas son de las más entrañables. Luz y olor procuran sensaciones repetibles en cualquier casa. No así el sonido. Cada casa cuenta con los suyos propios. El chirrido de una puerta o el crujir de un escalón que sirven de advertencia; el movimiento vibratorio de un electrodoméstico; el gruñido de la puerta de un armario; la queja de una mecedora al balancearnos en ella; la bulla infantil de unos niños que retornan del colegio; la voz paterna anunciando que ha regresado, el salidero leve pero constante en una cisterna; el ladrido del perro alborotado o el canto generoso del canario; las campanadas de un reloj del salón, seguido por el otro que está en la cocina... Son sonidos circunstanciales, momentáneos; mientras que otros se dejan sentir caracterizando las horas de la casa, como las voces humanas.

Todo un mundo que nos acompaña sin darnos cuenta y en el cual nuestras vidas se instalan y discurren. A ese universo de sonidos que, sin duda, no tienen para mí el mismo significado que para otras personas que conviven bajo el mismo techo, se incorpora una segunda capa de ruidos y sonidos provenientes de fuera, que están ahí cual telón de fondo igual que está el aire. Sólo nos damos cuenta de ellos cuando se tornan fastidiosos; el ladrido de perros tempraneros, el estrépito desconsiderado de una moto, la costumbre

molesta de hablar a gritos del bullicio infantil de sobremesa, que destroza las horas de sueño y descanso. Por ejemplo.

XVI

TERTULIA BAJO LAS SOMBRILLAS

En la tertulia mañanera bajo las sombrillas se habla de muchas cosas, incluso de política.

Y eso que alguien recordó aquello de hay que hacer caso de lo que dicen los curas no de lo que hacen, de lo que hacen los médicos y no de lo que dicen, y de los políticos ni de lo que dicen ni de lo que hacen. Se habla, digo, de casi todo, sin caer en el chismorreo tan fomentado en estas calendas por las publicaciones periódicas sensacionalistas.

No cabe duda que en bañador (o traje de baño) todos los hombres (no las mujeres) son iguales. O más iguales. No en vano el traje en la teoría de don Gregorio Marañón cumple una función estética, jerárquica, práctica y sexual. El taparrabo del primitivo sirve para señalar algo que interesa, no para abrigarlo, no por pudor, no para fijar una jerarquía. Por lo menos así teorizaba don Gregorio. Yendo a lo nuestro, es decir, a aquellos de que en bañador (o traje de baño) todos los hombres son iguales, o, como diría Owen en *La rebelión de la granja* unos son más iguales que otros, compruebo bajo el toldo que todos somos iguales. Y eso que uno es ingeniero, otro periodista, otro médico, otro capitán de barco, otro

catedrático de universidad. Un rico abanico de profesionales al que una absurda ley los ha igualado reduciéndolos a la humillante condición de jubilados cuando se encontraban en sazón. Queda cualquiera sorprendido al saber que aquel manojito de hombres, dueños todavía de unas positivas facultades y de unas experiencias costosas de lograr, hayan sido arrumbados. Admitamos que llegado a cierta edad ningún práctico de puerto debe ser expuesto a los riesgos de subir o bajar una escala de cuerdas por la borda de un petrolero. Tampoco ninguna de las profesiones citadas están en condiciones de cavar en el campo o de regar alquitrán en las autopistas. Pero es que, esa no ha sido nunca su dedicación. Dirigir una empresa, redactar un artículo, diagnosticar a un enfermo, enseñar a investigar han sido y son unas funciones para las que se prepararon con esfuerzo y con dispendio por parte de la sociedad y que conviene aprovechar al máximo. Lo contrario es despilfarro y caminar hacia atrás. Esto también se ha comentado bajo las sombrillas.

XVII

"LA NIÑA"

Lejano, en el mismo horizonte, se mueve la silueta de un velero. Se nos antoja que es una carabela. Hace medio milenio la estampa airosa de este tipo de embarcaciones llenaba el escenario marino onubense. Se dirigían a otros puertos de la región, al Mediterráneo, al Norte de Europa, a Canarias y Africa. Tentaban el misterio de la geografía.

Los portugueses, que durante años usaron la barca y el barinel para sus andanzas descubridoras, se detuvieron durante mucho tiempo a la altura del Cabo Non. No, no, no se podía pasar, era peligroso. Sobre todo se hacía difícil el retorno, yendo contra las corrientes. La adaptación que hicieron del cáрабо musulmán les permitió resolver los problemas que planteaba el retorno de la Mina o de Guinea. Crearon los portugueses la carabela, embarcación maniobrera, ágil, cuyas velas latinas permitían navegar contra el viento, de bolina. Voltejeando.

Pero los vecinos lusitanos, celosos de su instrumento navegador, vetaron bajo pena de muerte la venta o cesión de unas de estas naves. Medida típica de la llamada *política de sigilo*, practicada desde los fenicios

por pueblos que desean mantener en exclusividad el disfrute de algo. En este caso un tipo de barco; en otros, el oro de la Mina o los esclavos del Senegal.

Pero los andaluces copiaron a ojo a la carabela portuguesa y fabricaron barcos como los que se ven en el mapa de Juan de La Cosa, llamados carabela andaluza o tillada. Expertos carpinteros de ribera y calafates fueron los que construyeron en el estuario del Tinto Odiel a la *Pinta* y a la *Niña*. Esta última, rebautizada *Santa Clara*, merece ser cantada según el almirante norteamericano Samuel Eliot Morison ¿Por qué?

Realizó el viaje descubridor y a ella pasó Colón, tras el naufragio de la nao *Santa María* para hacer el regreso. Volvió con el Almirante en 1493 y éste la escogió como nave capitana en la exploración que le permitió descubrir el sur de Cuba y Jamaica. Sobrevivió, sólo ella, al tremendo huracán de 1495, y con *La India* (primer barco hecho en América), llevó al Descubridor en 1496 a España. Hizo después un viaje de Cádiz a Roma, sin permiso. Capturada por un pirata en aguas de Cerdeña fue recobrada por su tripulación y maestre, que suponemos seguiría siendo Alonso Medel. Retorna a Cádiz, justo para poder formar parte de la tercera expedición colombina en 1498. Su rastro se pierde en 1501, a raíz de un viaje que hizo a la Costa de las Perlas... Debe de estar navegando todavía.

Diez años de navegación continua,: lo que prueba su calidad y la pericia de su tripulación. Anduvo más de 25.000 millas. El citado Morison considera a la *Niña uno de los más grandes barcos de la historia del mundo*.

Reclama una biografía, casi una novela, y un monumento. ¿Será esa silueta que distingo en el horizonte el alma de la Niña?

XVIII

EL ECLIPSE

Los medios de difusión lo anunciaron anticipadamente y la gente hizo sus planes para verlo. Noches antes, durante las fiestas patronales, todos habían gozado con los fuegos artificiales. La noche se hizo luz y ruidos. Cada vez que sonaba una potente traca y el cielo se abría iluminado por un inmenso rosetón de luz o una gigantesca palmera, de las bocas brotaban gritos de admiración. La noche era una fiesta. Pero la noche del eclipse no hubo jolgorio; desde las terrazas, desde las azoteas o ventanas miles de seres silenciosos contemplaban mudos el fenómeno. Muchos se fueron a la playa amparados en la tibia temperatura.

Puntual comenzó la luna a taparse el rostro y a sonrojarse como avergonzada por el espectáculo que estaba ofreciendo. Ella, tan tímida, tan fría, tan lejana. Muchos de los que calladamente y un tanto fascinados observaban el fenómeno sabían de la razón física del mismo, sin embargo, adoptaban una actitud de reverencia, de oculto temor o respeto. Y es que el ser humano, pese al inmenso bagaje de cultura y de civilización, que ha ido acumulando a lo largo de los siglos, lleva dentro a un primitivo. En un momento

dado se me ocurrió conectar la radio, y fue un acierto. Procedentes de diversos puntos de España pudimos oír toda clase de comentarios; desde el que hacía el hombre religioso trayendo a colación el Génesis, hasta el que expresaba el descreído recurriendo a una lección de física. No faltaba ni el supersticioso, ni la romántica, que todavía las hay. Hubo discusiones sobre cuándo volvería a darse el fenómeno, mientras, la luna ajena a todo proseguía cubriéndose y cambiando de color.

Casi 500 años atrás, un 29 de febrero de 1504, Cristóbal Colón obligado por el mal estado de sus barcos se vio obligado a refugiarse en Jamaica. Al principio los indios acudían con alimentos. Hasta que, cansados, dejaron de aprovisionar a los náufra-gos. El Almirante llevaba consigo las *Ephemérides* de Regiomontanus impresas en Nuremberg en las cuales se predecía un eclipse para la noche de ese 29 de febrero. Colón, astuto, citó a los indios y les hizo saber que Dios les iba a castigar con hambre y pestes por no aportar provisiones. Con tal objeto enviaría una elocuente señal celeste. Colón les invitó a estar atentos esa noche. La luna aparecía sangrienta e inflamada manifestando su enojo por el agravio en que los indios estaban incurriendo al no alimentar a los cristianos.

Unos se fueron temerosos y otros lo hicieron bur-lándose. Igual que los comentaristas que yo oía por la radio. Pero cuando comenzó el eclipse a los indios les entró tal asombro y miedo, que llegaban corriendo al campamento de los hispanos, gritando y llorando,

cargados de vituallas. Colón les dijo que deseaba hablar con su Dios y se encerró en su habitación, en tanto crecía el eclipse y crecía el llanto de los aborígenes. Cuando el Almirante comprobó que había concluido la creciente del eclipse, salió de su cámara y les hizo saber a los asustados aborígenes que le había comunicado a su Dios que los indios serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos...

En vista de lo cual, Dios les perdonaba y en señal de ello verían que la luna dejaría de estar enfadada.

XIX

LAS SIETE HUELVAS

Llegado a cierto momento de nuestra vida resulta más grato releer un libro que nos agradó y dejó huella, que leer una obra desconocida. Es lo que estoy haciendo con *Viaje por las escuelas de España* de Luis Bello. Con este título su autor creo que dio a conocer cuatro volúmenes, de los cuales yo sólo poseo el cuarto, subtulado *Más Andalucía* (Madrid, 1929).

Nada sé del señor Bello, pero su libro es delicioso, merecedor de una reedición y de un conocimiento por todos los andaluces. Con prosa bella y llena de galanura, el autor nos describe paisajes, nos habla de los maestros, de las escuelas, de los pueblos, de los chiquillos... A Huelva le dedica ocho capítulos con el sugerente título de este recuadro ¿cuáles son esas siete Huelvas?

Aracena: la sierra. Una sierra con nombres que sueñan a fronda, a bosque, a fuentes frías y aires limpios de altura: Aroche, Aracena, Zufre, Alájar, Galaroza, Fuenteheridos. Una Sierra que es bueno visitar no sólo en verano, sino en cualquier época del año.

Río Tinto: las minas. Las minas con los famosos *humos de Riotinto*. Una tierra donde las teleras, que

ardían amarillas, del color del azufre, mandaban muy lejos su fluido venenoso ¡Qué dirían los ecologistas de hoy! Los pintores debieran pintar la corta de Río Tinto. Quedarían aterrados con el paisaje y maravillados del color rojo.

Niebla: la historia. Viejísimas historia de una ciudad que, morunamente, se esconde detrás del río y de las murallas. Niebla no deja ver un sólo tejado de sus casas. De ella al perderla de vista nos queda un aroma. Niebla exhala fragancias de naturaleza campestre.

La Palma del Condado: el campo. Todo el campo de La Palma, viniendo de Sevilla, o viniendo de Huelva, es tierra andaluza: plana y fértil. A través de suaves laderas, llega hasta Almonte, y es todo como una gran vega magra que va a morir en las marismas. De la zona resulta insoslayable Villalba del Alcor. Es bellísimo su nombre, y pasear por sus calles es como un baño de reposo.

Palos y La Rábida: la historia. Pero cerca de Palos está Moguer, un pueblo que tiene ya hecha -prodigiosamente hecha- su estilización literaria y que, a pesar de todo, parece nuevo. Palos sonó en un minuto de la historia, luego su puerto quedó en seco y las honras que trajeron sus marineros fueron a florecer a Sevilla o a Madrid. Aquí apenas quedaron cien hombres a la sombra de su torre. *Palos se hundió. Esta es la verdad. Palos vuelve a renacer ahora.* Cierzo, ahora. Esto lo escribió Bello hace sesenta años.

Ayamonte: las pesquerías. Ayamonte es la dulzura del confín tartésico, en la margen andaluza del Guadiana. Ayamonte se gana duramente el pan.

Se lo ganan los *hombres de galeón*, los braceros del mar. Y cerca: Isla Cristina, que sólo es andaluza por el cielo; llena de miradores que parecen tribunas o cofas para vislumbrar los barcos cuando regresan.

Finalmente, Doñana: el absurdo ¿Por qué el absurdo? Porque, piensa el autor, que sería distinto hacer un viaje de naturalista en lugar de un viaje de escuelas ¡Lo que gozaría con la riqueza de Doñana! Y si en vez de ser un hombre fuera una escopeta. Entonces el absurdo se habría convertido en paraíso...

XX

EL AGUA Y LA SOMBRILLA

El mar es una cosa y el agua otra. Son dos seres diversos en una misma substancia. El mar es inmenso, masculino, de voz potente. Asusta. El agua es femenina, sin voz, abarcable. Atrae. Cuando me baño en el mar el agua es lo que rodea a mi cuerpo. Hoy lucía límpida, transparente, incolora. El fondo tembloroso se dejaba ver con sus centenares de piedrecitas multicolores y sus pedazos de algas intensamente verdes. El misterio del agua oscura, con imaginadas y desagradables sorpresas en el fondo, no se daba hoy. El sol se convierte en una gigantesca telaraña metálica de luz en el fondo marino. Tiembla el agua, la luz y las piedras. El cuerpo sumergido se deleita. No hay caricia más amplia, plena, íntegra que la del agua en un cuerpo desnudo. Sólo pudiera ser igual la del viento.

Desde el agua la sombrilla clavada en la orilla semeja una flor. Una flor que florece en verano. A lo largo del año permanece en invernadero, cerrada sobre sí misma, callada. Con los primeros calores se abre espléndida ofreciéndonos el regalo de su sombra. Son delicadas, como una rosa. Si no se les

deja en un ambiente ideal puede que sus pistilos o estambres se oxiden e hieran a los pétalos.

Hace unos años nos encontramos una entre las dunas. Las dunas son lugares para hallazgos insospechados. Aquella sombrilla abandonada estaba aquejada de muchos males. Gruñía al abrirse, y se negaba a cerrar sus pétalos deteriorados. Estaba allí tirada, como una flor ajada.

Esta sombrilla de ahora, compañera nuestra, a la que mimamos, es azul y roja. Desde el agua la veo tiesa, saludándome con sus flequillos blancos. Si paseo por la playa me sigue con la vista. Y yo tengo conciencia de que ella está allí, fiel, donde siempre, amparando nuestras pertenencias; los bolsos, el periódico o libro, los sombreros, las zapatillas, las toallas... Ella cobija amorosamente todo y delimita con fidelidad y cariño una zona oscura para nuestros cuerpos sedientos de sombra.

XXI

OTROS TIEMPOS

Los tiempos cambian, solemos decir a veces para denotar que el mismo fenómeno o hecho no se le juzga ahora como antaño. También usamos la frase para denotar que las costumbres han variado, que las circunstancias de la vida son distintas. Los tiempos, en efecto, cambian. Y no digo que cambien para mejor o peor. Simplemente, cambian. Soy consciente de que el ser humano suele idealizar el pasado y considerarlo mejor que el presente. No es verdad, o, por lo menos, no es siempre verdad. Aunque el poeta Jorge Manrique dijera que cualquier tiempo pasado fue mejor, lo cierto es que a veces cualquier tiempo pasado fue peor. ,

Pensemos, por un momento, en los veranos de hace 25 ó 30 años. ¿Eran mejores aquellas vacaciones? Resultaban mejores porque éramos menos -egoísmo- y carecíamos de los inconvenientes que la masificación acarrea. Resultaba grata la seguridad, que permitía dejar abiertas las casas cuando íbamos al baño. Sin duda que consideramos mejor los bailes del *Chimpún* y del *Chachapoga* que los que hoy se celebran en equívocos y tenebrosos -por la luz- locales. No era mejor verse obligado a ir en busca de la

correspondencia al quiosco donde un celoso Vides custodiaba las cartas. No era mejor tener que esperar horas y horas por una conferencia telefónica que nos habían comunicado mediante impreso que íbamos a recibir a tal o cual hora.

Algunas cosas ni eran mejor, ni eran peor. O *pior* como dicen en partes de nuestra América. Hoy con la distancia que impone el tiempo transcurrido hallamos en el pasado alicientes nostálgicos. Por ejemplo: subir al Cerrito y llegar hasta la fábrica de hielo y de gaseosa a comprar sus productos o sifones ¿Saben los jóvenes lo que es un sifón? Por ejemplo: disponer las pasarelas de madera para transitar por los caminos de arena. Nos gustaría disfrutar de aquella arena virgen, y volver al ritual anual de colocar y desmontar los sombreros de la playa.

Nos quedamos sin saber si era mejor o peor hospedarse en un hotel actual que en *La Higuierita*, *Casa de María Mandaó*, *El Hogar Extremeño*, *Villa Aurora* con su exótica arquitectura inglesa, o la *Fonda de la Esperanza* de Rosario, en la cual vivimos los veranos de 1955 y 1956. Lo incómodo lo compensaba la amabilidad, el trato humano de Rosario Toscano, a la que volvemos a ver sentada en su mesa-camilla avizorando a todo el que llegaba o se iba del pueblo. La plaza era la gran estación terminal. Y por eso quizá el alcalde pedáneo, Pepe Figueroa y que Dios me perdone si yerro le puso a Rosario una vez una multa de cien pesetas, por tener un burro suelto en la plaza. Eran otros tiempos.

Este verano alguien ha paseado y bañado a un elefante en la playa de Matalascañas y nadie lo ha

multado. Ni siquiera fue noticia en los medios de información. Tampoco lo fue la multa al Platero de Rosario. Eran otros tiempos.

XXII

LOS BAJOS

Fuimos el verano pasado. Mi amigo, dueño de una lancha motora, nos había invitado y no resistimos la tentación. Porque a veces las tentaciones están puestas para eso: para que caigamos en ellas. Fuimos durante la bajamar. Eran varios los bajos. Fondeamos en uno que tendría medio kilómetro cuadrado. Había otras personas. Paseamos, jugamos con un balón los mayores con los menores, nos bañamos, tomamos el sol y unas cervezas. Fue delicioso.

La arena era pura, las aguas transparentes y limpias, el sol esplendoroso. Todo daba sensación de que había sido hecho para nosotros. Para los que estábamos allí. Era como una vuelta a la primera naturaleza, inmaculada, sin esos rastros de basura que el hombre viene dejando tras de sí desde que se constituyó en horda. Era como un retorno a los primeros días de la creación. Corrimos sobre la tersa y dura arena, chapoteamos en la límpida agua y nos llenamos las manos de conchas-jaboneras y de conchas-ceniceros, que ya no se encuentran por la playa. Antes sí. Las tomábamos y lavábamos en las aguas, atesorándolas.

Hemos vuelto este año. Mi amigo, que se desvive en sus atenciones, ha querido proporcionar-

nos nuevamente el placer de los bajos. Con prudencia ha conducido la lancha motora. En el bajo sólo había varada otra embarcación, con una pareja también yacente. Las gaviotas deambulaban a su aire, y subían al aire y se bajaban al agua, retozando como nosotros. Era tan inocente el placer, que resultaba infantil. Y no quedaba más remedio que recordar la lectura de *La isla del tesoro*, de *La isla misteriosa* y de *Robinson Crusoe*

A lo lejos los bloques de viviendas y la hilera de chimeneas rompían el sueño. El mundo de la contaminación no estaba muy distante. El mismo ruido de la motora resultaba un desaguisado en aquel paraíso al que hay que llegar y del que hay que irse en silencio, y sin mirar hacia el rumbo de los bloques y de las chimeneas si uno quiere jugar por un momento a ser Adán o a ser Robinson.

XXIII

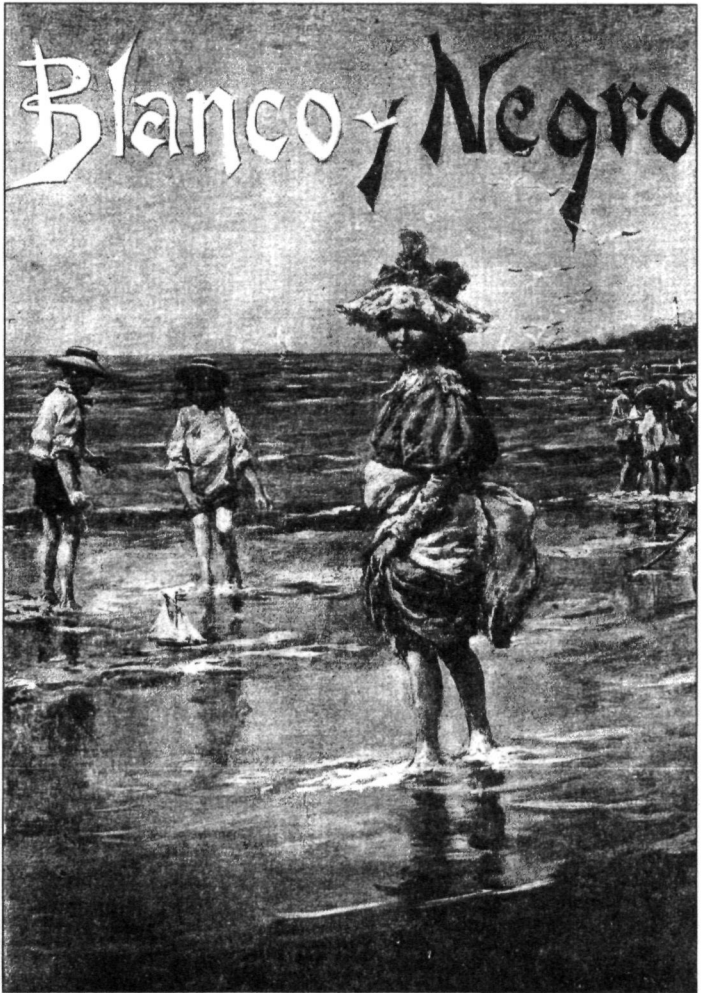
JUEGOS DE NIÑOS

El sol acababa de ponerse. En ese momento los niños iniciaron su juego. Eran tres niños de unos 12 años, y cuatro niñas de las cuales una no pasaba de los 3 años. Por instinto, pues el sol no existía, unas señoras que debían ser las madres, se sentaron debajo de un toldo.

El mar estaba lejano, en una intensa bajamar. Los niños hicieron un castillo con una torre y largas murallas. Se metieron dentro y jugaron a bajar y subir el puente levadizo. Las niñas construyeron una casa con piscina. Por ambas partes el derroche de imaginación era sorprendente. En la semipenumbra era posible fantasear y ver castillos y hermosas mansiones, aunque la imaginación de un niño no necesita penumbras para fabricar sueños o creer en lo inexistente.

Hubo riñas entre los varones, y una madre se vio obligada a desplazarse al castillo y repartir algún mojicón. Los llantos se acallaron pronto, y los gritos y esparcimientos continuaron. Los infantes se veían obligados a luchar con la pequeña por indisciplinada y pretendían expulsarla del castillo.

Dos de las niñas hacían el papel de madre e hija



LA BOTADURA DEL CRUCERO, por Blasco Coris.
"Blanco y Negro" Núm. 332, 11 de Septiembre de 1897

y paseaban dispensándose arrumacos y caricias. La otra se vio obligada a correr detrás de la pequeñaja, que rechazada al fin por los castellanos, se dirigía al borde del agua gritando que iba en busca de las llaves. ¿Qué llaves?, le preguntaron. Y ella contestó: las que están en el fondo del mar.

Mientras, los del castillo, transformados en un capitán, un soldado y un fantasma, decidieron hacerle una visita a las niñas en su morada. Los recibió amablemente la niña-señora. Ellos no dudaron en presentarse: el capitán, el soldado, y el fantasma del castillo. Acomodados, fueron invitados a tomar algo.

La seriedad de la niña-señora era ejemplar. El capitán pidió un par de murciélagos fritos para el fantasma, y algo que el viento se llevó para él y su mílite. Pero el fantasma que continuamente decía Uuuu... Uuuu..., no quiso lo que el capitán había solicitado, y reclamó un par de berruguitas asadas.

Era ya casi de noche y las figuras se disolvían. Yo estaba fascinado viendo y oyendo aquello. La escena desaparecía en un ambiente amenazado de luna.

La madre del fantasma decidió venir por él y aquello marcó el final del juego. Al sonar las palmas y las voces maternas, los chiquillos comenzaron también a gritar y a romper el castillo y la casa sin darse cuenta que estaban destruyendo la fantasía de una persona mayor que había sido niño.

XXIV

LOS ALBAÑILES Y EL AFILADOR

Llegaban con la amanecida, a las 8; algunos un poco antes. Su cháchara, carraspeos, toses y gargajos constituían la diana diaria. Al poco la hormigonera iniciaba su batido destrozando el sosiego fresco de la mañana.

¿Cuántos eran los albañiles? Una media docena y un encargado, joven y serio, que venía en un Seat matrícula de Sevilla. Los albañiles debían proceder de pueblos vecinos. Hablaban con fuerte acento. Uno de ellos parloteaba más que los demás. Creo que era el primero en aparecer. No cesaba de conversar en todo el día. Por lo que contaba se deducía que había sido marinero. Entendía de todo. ¿Cual de ellos era? ¿El que ponía en marcha la hormigonera? ¿Uno que lucía una gorrita azul y venía seguido de un perro? Tal vez; su físico correspondía a la voz que no callaba. ¿El del bigotito y grandes entradas? No; este parecía hombre callado y tranquilo. ¿El de la vieja boina y la camisa de mahón? No sé. Los restantes, hombres jóvenes, su físico no correspondía a la voz que no cesaba, aunque yo sabía que con frecuencia acontece eso, que la voz va por un lado y el cuerpo por otro.

Tentado estuve de acercarme mientras trabajaban o comían parlotando para averiguar quién era el dueño de la voz. No lo hice y me quedé sin saber quién era el propietario de aquella voz infatigable que sólo era capaz de eliminar el estruendo rítmico de la hormigonera. Este sonido se me antojaba grato cuando apagaba a la voz. Lo mismo que resultaba gratísima la música del afilador.

El afilador imponía su anuncio incluso por encima del grito del panadero. Aparecía caminando lentamente. Con la mano derecha sostenía y empujaba una motocicleta apoyada en su cuerpo. Con la mano izquierda llevaba a la boca el pianillo. Una y otra vez entonaba su sintonía, concluyendo con una especie de ribete. Pasaba parsimonioso. Vestía camisa blanca limpia, lucía patillas largas de pelo renegrado e iba muy peinado. Nadie lo llamaba y él continuaba despaciosamente poniéndole música a la mañana. A veces requerían su arte y el aire libre se llenaba del diálogo entablado entre la piedra de amolar y el cuchillo. Yo lo contemplaba hasta que se perdía en la esquina.

XXV

MENDIGO DE TESOROS

Son mendigos a lo largo de la playa cuyos tesoros escudriña con ojos avizores. Sus manos se han llenado de caracoles pequeños, de conchas, de vieiras, de piedras con caprichosos colores e insólitas formas. A veces encuentra una bola de cristal desprendida de la red de un barco pesquero. Si el buscador es un niño, su tesoro es más fantástico y más grande. En su bolsa improvisada va echando decenas de cosas. Luego las lava en un charco, gozando con los colores que cada pieza adquiere dentro del agua iluminada por el sol. Mojadas, son bellísimas, o dentro del agua. Los colores resultan inéditos.

A lo largo del verano disfruta con ese botín que ha ido amontonando para, al final, dejarlo abandonado o hacer una selección que se lleva a la ciudad de tierra adentro.

Allí volverá a jugar y gozar. Meterá las conchas en una pecera y evocará los días soleados despreocupados y alegres del verano.

Las conchas siguen siendo riqueza, redoblada ahora en su valor por el poder de evocación que tienen. Un tesoro fueron también para pueblos primitivos que las usaban en sus ventas y trueques. Los portugueses por

el litoral africano, y los españoles en las islas del Pacífico, entraron en contacto con gentes que concedían un inmenso valor a las conchas y a los caracoles.

En los años previos al descubrimiento de América, y abierta la ruta de Guinea por los portugueses, muchos marinos onubenses, sobre todo de Lepe, Palos y Moguer, navegaban hacia Zafi, cabo Agüer, Zambia y Guinea a base de hacer compañías o asociaciones para armar carabelas con las que iban al trato de la Mina de Oro, de donde regresaban con ricas y exóticas mercaderías, oro y esclavos. Cuenta la crónica de Hernando del Pulgar que tan valiosos cargamentos los habían obtenido a cambio de *conchas y cosas de latón y ropas viejas y otras cosas que llevaban, que son pedidas y deseadas por los bárbaros que moran en aquellas tierras.*

Para el primitivo de mente infantil a veces, como para el niño, constituían una fortuna aquellas fruslerías. Porque las cosas inapreciables en la valoración del niño no son los ordenadores o las muñecas que hablan, sino los boliches, las estampas, la muñeca de trapo, las chapas de botellas y esas caracolas, en las que buscan y encuentran sonidos del mar, y esas bolas de cristal que el mar depositó en la orilla y en las cuales les es dado imaginar periplos tan fabulosos como los de los marinos de Huelva que cambiaban conchas por trozos de oro.

XXVI

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Como si de un rito antiguo ancestral se tratase, y un tanto mecánicamente, muchos bañistas se santiguaban antes de entrar en el agua. Algunos trazaban en la frente una leve cruz con agua del mar. Y es que todo lo que inspiraba cierto respeto o temor determinaba ese gesto. Gesto que ha ido desapareciendo.

Recordemos la aventura que significaba un viaje en coche cuando éramos niños. Era eso: una aventura con bastante incertidumbre. La gente rezaba y se encomendaba a San Rafael o a San Cristóbal. Muchas personas mayores prosiguen con esa sana costumbre. A medida que el coche se ha generalizado de tal manera que para una mayoría casi constituye una prenda de vestir, el recelo al viajar se ha perdido, y contados son los conductores que hacen la señal de la cruz o se acuerdan de San Rafael y de San Cristóbal, y la verdad es que el panorama está para que nos acordemos de estos santos protectores más que nunca.

El gesto religioso abandonado por los viajeros en coche lo heredaron los viajeros en avión. Recordemos, y de esto no hace mucho, el espeso silencio que se hacía en los despegues y cómo muchísimos pasajeros se santiguaban descarada-

mente o vergonzantemente. Imperaba un silencio anormal, de almas encogidas, que pensaban en un más allá inmediato. Poco a poco el tic ha quedado arrumbado. El viajero lee impávido, charla con el vecino, mira por la ventanilla, examina unos papeles o se reconcentra en sus ideas en tanto que el avión pone en juego su máximo esfuerzo para alzarse y volar. Volar de un modo antinatural.

Algo que se repite una y otra vez pierde singularidad. Nos hemos acostumbrado, incluso, a las bombas y atentados, que antes nos sobresaltaban. Viajar en coche es un acto cotidiano más, y para infinitos hombres lo es el viajar en avión. La relación hombre-lugar se ha perdido como se ha perdido la relación hombre-cosa y hombre-hombre según Alvin Toflin. Antes había objetos que duraban toda una vida; ahora han sido hechos para usarlos y tirarlos, tienen contados sus días. Antes un hombre pasaba por la vida conociendo a un puñado de seres, ahora ese puñado se ha multiplicado y el conocimiento es infinitamente mayor, aunque menos profundo. El hombre de antaño trataba a menos seres, pero los conocía íntimamente, ahora el conocimiento es superficial, de tal manera que de un subordinado sólo sabemos el nombre. Y nada más.

XXVII

CIVISMO E INSOLIDARIDAD

No se si fue el Conde-Duque de Olivares quien dijo que los españoles son mejores en la obediencia. Fuera o no fuera él, lo interesante es el contenido de la frase, confirmado en la convivencia diaria. Donde hay masa suele imperar la insolidaridad y el instinto. ¿Por qué es regularmente bueno el tráfico por las carreteras? Porque existe una policía vigilante, presta a multar al infractor ¿Sería igual la conducta de la gente en la playa si en ella existiera una severa vigilancia? Nos preguntamos la razón por la cual el español, tan sensible al *que dirán*, no tiene en cuenta esa opinión del *otro* llegado el momento de arrojar una colilla o abandonar en cualquier sitio una bolsa de basura. Igualmente nos interrogamos qué factores determinan que el español, tan celoso en airear sus derechos se olvide de los de los demás y de sus propios deberes ¿Egoísmo? ¿Carencia de educación para la convivencia? Lo cierto es que si la autoridad asoma las orejas cambiamos de proceder, dándole la razón a quien dijera que los españoles son mejor en la obediencia.

Hace unos días contemplábamos atónitos como un señor entraba en el agua apurando un cigarrillo; cuan-

do lo consideró oportuno lo arrojó sin miramientos, es decir: sin consideración y sin mirar alrededor. En su concepción de las circunstancias -yo soy yo y mis circunstancias- no entraban sino él y el océano cual cenicero. Los demás, que pululaban y chapoteaban en torno con balsas de goma y bocas abiertas dispuestas a tragarse la colilla, no contaban.

De la misma familia es el que llega a la playa, clava la sombrilla y toma posesión de su sombra y de algo más, porque estratégicamente es aconsejable, en caso de guerra, contar con una zona muerta o tierra de nadie. Vieja costumbre esta de tomar posesión, con raíces en el derecho germánico y romano. Se toma posesión de un empleo, de una casa, de una finca que se ha comprado, o de una tierra que se ha descubierto. Y se escenifica tal toma de posesión con un ceremonial hartó curioso. Se clava una cruz, se toma agua si hay algún río, se cortan ramas de árboles y se desafía a quien crea que tiene razones para oponerse a la decisión. Fue lo primero que hizo Colón al desembarcar en las Bahamas, y lo primero que realizaban los descubridores-conquistadores al llegar a un territorio, aunque estuviese poblado, porque en sus ideas jurídico-filosóficas, el indio carecía de personalidad jurídica. Estos, estupefactos, contemplaban la escena sin comprender nada de ella. Aunque en ocasiones, cuando se les tradujo el discursito del extraño, hicieron sorprendentes observaciones.

El estaba allí, en la orilla, desde muy temprano. Era como el aborigen americano. Pero llegó un español y clavó su sombrilla con descarada desconsideración invadiendo el espacio vital mínimo que mi amigo consideraba aceptable para estar todos juntos, pero no amontonados. Bastó una ligera queja y sugerencia del afectado, para que en el recién llegado de la sombrilla aflorase el conquistador que todo español lleva dentro.

Le espetó a mi amigo que todo el mundo tenía derecho a la playa (siempre el derecho); que si estaba incómodo que se fuera a otra parte; y además, le llamó viejo. Sin duda, porque había visto que los jóvenes suelen concentrarse apelotonadamente. Mi amigo quedó tan maravillado como los indios y, además, avergonzado y herido porque había entendido perfectamente lo dicho por el impertinente caído del cielo que, como Colón, consideró que en la playa no había nadie.

XXVIII

LOS DEL AMOR OSCURO

Los hay equívocos. Sospechosos. Su ambigüedad queda proclamada en su andar, en el color del ceñido y breve 'monokini', en su brillante bronceado, en su peinado. Andan exhibiéndose, con una coquetona bolsa en bandolera y unas rutilantes gafas oscuras. El gesto insinuante de su bañador es toda una invitación para quien conoce su lenguaje. La playa es una pasarela de desfile. Nada más regocijante y entretenido que presenciar el encuentro de dos de estos solitarios frecuentadores de la playa. Los hay buscadores de soledades, admiraciones o perplejidades. Desertan de la masa apelmazada cual Ganges por Benarés, y huyen del ruido. Llegan con su esterilla o tumbona y se rinden al sol. Leen. Meditan. Pasean. A veces suben a las dunas y se pierden en ellas, o escudriñan desde ellas. Parecen cazadores oteando a la presa. Vuelven a pasear con un sombrero puesto. Así un día y otro día. Puntualmente se marchan. Siguen la hora mediante un transistor. Al sonar las 2,30 de la tarde se acercan el aparatito al oído y oyen las noticias. Después se van con sus bártulos metódicamente recogidos. Casi en ese momento sale de la lejanía el solitario del bañador blanco, frívolo y aparentemen-

te peligroso en su desafío. Pero este no lee *Corydon* de Gide.

Ayer cambió todo. Aparecieron dos; uno alto, delgado, muy blanco. Con bañador amarillo. El otro de baja estatura, algo rojizo por el sol, menos escultural, con gorrita roja de visera. Llegaron. Abrieron la sombrilla azul de flores rojas. Pusieron en marcha el gran aparato de radio que portaban, y el silencio se llenó de música flamenca. Se untaron cremas mutuamente, con unción y delicadeza. Después el del bañador amarillo hizo unas fotos al del gorrito rojo. Y, muy juntos, bajo la sombrilla comenzaron a hablar de sus cosas, listos para *echar el día*.

XXIX

REQUIEM POR UNA MUÑECA Y UNA COMETA

No recuerdo haber visto a una persona ahogada. Dicen que se hincha. De niño contemplé a muchos muertos; constituía un placer morboso de los chiquillos del pueblo entrar en las casas transidas de llanto por un velorio. También constituía una distracción, acompañar a los entierros al cementerio, todo olor a romero, para discurrir por su ámbito y oír los últimos gemidos de los deudos al tiempo que se echaba cal al cadáver antes de tapar definitivamente el féretro, y bajarlo al hoyo. Una vez dentro se le despedía con puñados de tierra que sonaban bastante lúgubrememente. Por lo menos a mí me lo parecía.

En algunos sitios, incluso en regiones donde el agua es un don del cielo, la gente recurre a ella muchas veces para suicidarse, para entrar en el más allá, tal como acontece en antiguas cosmogonías en las que el muerto, en su caminar hacia lo arcano, pasa por lagunas y ríos extraños. Los pozos, los estanques y los aljibes son sitios escogidos para detener los latidos del corazón. El agua como instrumento mortal era utilizada por los incas, que ajusticiaban ahogando

a los condenados. También los cristianos. Recuerdo ahora a un ahogado en el estanque de la Plaza de San Francisco, en la Sevilla de 1520. Justo -¿justo?- castigo por haberse sublevado contra el poder real. (La pena de muerte es odiosa por múltiples razones; una: porque crea la figura del verdugo).

Hoy, paseando por la playa, me he encontrado con dos ahogados. Primero me di de bruces, casi la piso, con una muñeca. Le faltaban las extremidades (más adelante encontré un brazo), y mostraba un ojo totalmente vacío. Era un ojo hondo y oscuro; el otro había desaparecido medio comido por el mar. Sin córnea, sin retina, no obstante me miraba. Yo sentía que miraba. El torso permanecía sonrosado, exhibiendo un tentador ombligo; en cambio, el rostro aparecía de un pálido amarillo mortal, repugnante. Como desagradable resultaba su cabellera medio arrancada y que semejaba una peluca. Me era incómodo contemplarla y mirarla a los ojos. Aquel cuerpecito tumefacto carecía de vida. Su vida estaba en el alma de la niña que la perdió. La recogí cuidadosamente de la arena y la llevé conmigo doliéndome el contacto de sus carnes frías. Le cavé una tumba y, más por no verla que por piedad, la metí en el hoyo cara al cielo. Acomodada en el hueco seguía mirándome insistentemente. Tentado estuve de volverla de espaldas, pero me pareció una maldad. Parecía decirme que no le impidiera ver el cielo, oír el mar y sentir el viento. Dudé. Al final la enterré y recé una oración por su alma. La arena cayó blanda y tierna sobre ella sin el

sonido siniestro de los ataúdes de mi infancia. Y en lugar de oler el ambiente a romero, olía a yodo y a sal... ¿Lloré?

Continué paseando para encontrarme con una cometa abatida, inmóvil en el suelo en un guiño letal. Su cola serpenteaba lastrada por oscuras algas adheridas. Su cara estaba hecha de papel plástico blanco, por lo cual el mar no había causado destrozos en la expresión. Me dio mucha pena verla caída sobre la arena. Y no pude evitar que mi imaginación la remontara. Brincó airosa y altiva por encima de las aguas. Desde ella hasta las manos de un niño discurría una cuerda tensa al principio, comba a medida que cobraba altura. Un descuido del niño o un golpe traicionero del aire cortó su tallo y la obligó a sucumbir en el océano. La pena del chiquillo, imaginaba yo, era tan grande como el mar al contemplar impotente la caída de su alegre cometa haciendo cabriolas. El agua la tragó y ahogó. Luego la vomitó en el litoral, lejos del niño que aún continuaba soñando con su cometa. Yo he trasoñado con las cometas de mi infancia, rectangulares y exagonales, alzadas por encima del pueblo hasta alcanzar la Cruz o las Tres Piedras. A través de la cuerda enviábamos unos aros de papel que ascendían velozmente y se perdían de vista en las alturas. Ahora tenía ante mí a una de aquellas cometas. Una que se me había escapado y a mí volvía a través de los años y del océano.

No me quedó mas remedio que tomarla delicadamente en mis manos y llevarla al lugar en que reposaba la muñeca para sepultarla a su lado y evitar que

alguien insensible la acabara de destrozar salvajemente. Tuve la sensación y la conciencia de estar escondiendo dos sueños de niños. Y me pregunté ¿cuántas veces los mayores somos sepultureros de ilusiones infantiles olvidándonos que fuimos niños? Me dieron ganas de sacar a la muñeca y a la cometa, restaurarlas, y buscar en la playa a quienes estuvieran dispuestos a adoptarlas. Para que los niños no me tomaran por loco -como el loco de Juan Ramón Jiménez en *Platero y yo* -, no lo hice.

XXX

VENEDORES PLAYEROS

Cual salutación al que llega, un gran letrado anuncia en la misma entrada del pueblo que en él está prohibida la venta ambulante. Este país nuestro es quizá donde más *se prohíben* se decretan, y donde menos caso se hace de tales vetos. ¿Os acordáis de todo lo que se legisló, se comentó y se hizo saber en torno al fumar? ¿Quién se acuerda ya de todo aquello? ¿En dónde son tenidas presentes las disposiciones que a bombo y platillo fueron anunciadas?

Desde hace ya varios años vendedores de piel negra recorren la playa cargados con sus bártulos repletos de objetos tentadores de muy poca utilidad o que ya tenemos en otro modelo o color. Son senegaleses. Discurren lentos, sorteando las sombrillas y yendo a toldos concretos donde cuentan con una fiel y hasta familiar clientela. Los niños los rodean, los toman de la mano, los llevan, hurgan en el ambulante bazar. El vendedor carece de prisa. Sonríe siempre mostrando unos dientes blanquísimos y unas encías azules; cambian todo lo que haya que cambiar; dejan de cobrar lo que se le acaba de antojar a la señora cuyo marido ha olvidado el dinero; y prometen traer el objeto que se les pida. Son admirables. Por lo menos lo es

el nuestro, de quien conocemos todos los pormenores de su familia y el modo de permanecer en nuestra región una vez concluida la temporada playera.

Nosotros llegamos blancos y nos vamos morenos o más que morenos y con algún cachivache procedente de la bolsa-bazar de Estambul del vendedor de color. Este desaparece con el mismo tinte de piel que llegó y con algunas cuantas blancas (monedas) más en su sudada economía. Son simpáticos, se dejan querer.

Hay otros, igualmente africanos, menos tostados, que proceden de tierras más cercanas y que carecen de la humildad del senegalés. O de la simpatía. Suele cargar alfombras y los consabidos adminículos que la tecnología oriental no cesa de parir. Acostumbran a encararse con el posible comprador a base de pronombres personales (Yo y Tú) y media docena de vocablos entre verbos y substantivos. *¿Tú querer alfombra? Yo vender barata. ¿Cuánto dar tu por ella? La alfombra, por supuesto, no es mágica, pero en ocasiones uno quisiera que fuera voladora para hacer desaparecer al pesado vendedor al que decenas de veces dan ganas de gritarle: Yo no querer alfombra. Yo no necesitar alfombra. Sólo verla me da calor.* Pero, inmediatamente, retiramos la malévola intención teniendo presente lo dura que debe resultar la vida para este ser que, alfombra a cuesta, lejos de los suyos y con un mínimo idioma de dos pronombres, tres verbos y seis nombres, hace lo imposible

por subsistir y lograr que subsistan los que de él lo esperan todo.

No aludo ahora a los chiquillos, cual ligeros mensajeros, que casi corren con sus cajas de cartón conteniendo patatas fritas. Estos deben de ser más felices. Y no cito, porque no lo he visto todavía, al del carrito del helado, que pone una nota de art-nouveau y parece estar clamando por un entorno de seres con bañadores a rayas y gorros. A quien yo quería referirme es a los nuevos vendedores.

Los aparecidos este año, arrastrando una carretilla y tocando un pito insistentemente. Son negociantes nativos que, tal vez formen una familia o dependan de una cabeza tutora de la idea. No puede ser que a cinco o diez individuos a la vez se les haya ocurrido buscar una carretilla y cargarla con *cartones* de zumos y un gran cubo de goma negra lleno de hielo y latas con múltiples bebidas. El móvil artilugio ha de pesar lo suyo y pone a prueba los riñones del vendedor, y las manos sin guantes cuando las sumerge buscando una marca o líquido determinado que el cliente solicita. El individuo agita las manos, como si le estuvieran ardiendo e intentara apagarlas, después de rebuscar entre el hielo una marca concreta de brebaje. La estampa del hombre que empuja la carretilla nos recuerda al oriental que trota y tira por el quitrín con un descansado pasajero. Al final todo resulta muy africano, muy oriental, muy tercer mundo y el bañista ha podido tomarse una cerveza bien fresca y comprarle a la niña o a la esposa el enésimo capricho inútil, o casi inútil o repetido.

XXXI

EL HOMBRE MÁS VIEJO DEL PUEBLO

Punta Umbría es una fundación reciente, de principios de siglo, y como entidad político-administrativa independiente surgió en nuestros días. En su nacimiento estuvieron presentes carabineros, pescadores e ingleses vinculados a las minas de Río Tinto. Fueron los tres Reyes Magos. Los carabineros estaban allí, al igual que la torre vigía, al acecho, listos a evitar cualquier tráfico silencioso. Cuando se jubilaban algunos no abandonaban el lugar. Los pescadores vinieron de Cartaya, de Lepe, de Ayamonte y otras villas del litoral onubense. Llegaban a explotar la riqueza almejera que encerraban las arenas paradisíacas del lugar. Los ingleses, tan familiarizados con el contrabando y con el mar, arribaron cual descubridores a semejanza de sus antepasados los filibusteros en las islas del Caribe o el capitán James Cook en el edénico mundo insular del Pacífico. Eran y son tan tradicionales que repitieron en las arenas de Punta Umbría las casas de madera que alzaron en todas sus latitudes coloniales.

De unos y de otros quedan testigos vivientes; es decir, estamos aún a tiempo de recoger la historia oral de la niñez puntaumbriense.

Cualquier estudioso local o algún centro cultural debiera imponerse la tarea de grabar la memoria de ese pasado reciente. No hace muchas tardes me fue dada la satisfacción de conversar con uno de esos testigos: don Manuel Angel Rodríguez Cáceres, a quien este año la Cofradía de Pescadores ha concedido el honor de nombrarlo el marinero más viejo del pueblo. Nació en 1905 y hasta los 9 años se crió en Punta Moral (Isla Canela). Era un niño cuando en unión de otros dos se vino desde Lepe a bordo de una barca. Punta Umbría era una mina donde a diario se cogían miles de kilos de almejas. Al principio pescaba, y lo capturado lo vendía a los ingleses o lo llevaba a Palos. Dormía en la casa de don Félix Vázquez. Por vez primera embarcó en un pesquero de Miguel Aguilar. Iban a la sardina, por aguas de Cádiz, al Estrecho o a Portugal.

Este hombre que me habla con tanto tino, atildado, con un sombrero de paja, bastón, gran reloj dorado a la muñeca y unos vivos ojillos azules que denotan que cuando joven era *rubio como la candela*, hace gala de una espléndida memoria. No creo que confunda o trabuque nombres al enumerarme quienes fueron los pioneros, hoy los más viejos del lugar. Con algunas pausas, dudas, o vacíos que al poco llena, me cita a *Toscano*, Hernández *el Chumi*, Gil *el Chinguito*, Suárez, Fortes, Cabrera, Pomares, Hernández Rus, Porras, del Río, la Palerma, Varela, Vázquez, de la Corte... José de la Corte trajo el primer barco de vapor, y Vázquez llevaba a Huelva en

un bote la correspondencia de los ingleses. Doña Concha, la primera maestra, procedía de Palos y regentaba una *miga*... Pasa una mujer y la piropea: ¡Que bonitos 15 años! Y él me explica: es la mujer de Manolo el municipal, la autoridad en Punta que controlaba todo, la cárcel y las cartillas de racionamiento... Se me ocurre, oyéndole, proponerle que escriba sus memorias. Y entonces, mi locuaz informante, al igual que el hombre feliz que carecía de camisa, me confiesa que no sabe leer ni escribir, que sólo asistió un día a la escuela de la que huyó cuando el maestro le castigó con un palmetazo...

XXXII

EL COHETE DE MEDIANOCHE

El tiempo existe porque las cosas cambian. Nosotros, en primer lugar. Por eso el tiempo y con el tiempo las horas, han preocupado siempre al ser humano, consciente, además, y como recuerda el dicho bíblico, que existe un tiempo para cada cosa. El discurrir del astro solar le sirvió al hombre como referencia en ese seguir el paso de los instantes, que era su propio pasar. Dentro de las comunidades religiosas, donde el orden de la actividad constituye algo esencial, la señalización de las horas fue fundamental. Y de aquí, del mundo religioso, que se movía a toque de campanas tomó la comunidad profana también las señales para su menesteres, hasta que se comprobó que el tiempo religioso no era adecuado para el profano. Y comerciantes y artesanos impusieron otro ritmo para su quehaceres señalados por relojes enclavados en señeras torres que en ocasiones lucían elocuentes leyendas, como aquella que trae Pío Baroja en una de sus novelas: *Todas hieren, la última mata*. Se refiere, claro, a las horas. El reloj pasó a ser un mueble más de los hogares o un acompañante individual que nos contaba el vivir, evidenciaba la esclavitud a la que nos habíamos sometido

y servía de símbolo de la fugacidad de la vida. Frecuentemente en retratos del siglo XVII vemos junto al personaje un reloj de sobremesa que figura no sólo cual simple adorno, sino cual advertencia (*Neque diem neque horam*).

Durante siglos la voz de las campanadas civiles o religiosas han marcado la existencia de las gentes y de los pueblos. En el palacio de los gobernadores de Puerto Rico muestran un reloj parado que indica, explican, la hora en que la isla dejó de ser española. En Santiago de Chile y en Las Palmas de Gran Canaria acostumbraban años atrás a disparar un cañonazo al mediodía que actuaba cual sirena laboral y servía para que el pueblo ajustase sus cronómetros. Actualmente cualquiera dispone del teléfono o de la radio donde le anuncian monótonamente el segundo del día que acaba de transcurrir.

Relojes de arena o de agua, ampolletas y clepsidras, cuantificaron primitivamente ese tiempo, siempre corto si lo medimos en horas y siempre largo si lo medimos en años. Antes no agobiaba tanto el paso de las horas; la aceleración histórica que vivimos ha hecho que toda la sociedad ande escasa de tiempo. Es un mal general. No existe quien viva sobrado de tiempo, salvo, sin duda, los habitantes de los cenobios religiosos. Y salvo también la gente joven, que no vive sincrónicamente con los mayores. La juventud, amantes de exóticos, grandes y complicados artugios relojeros, dotados de calculadoras, músicas y etc., da la sensación de sujetarse tales cacharros a la muñeca más por adorno que por necesidad Con fre-

cuencia olvidan la hora, y por supuesto, su metabolismo del ocio funciona de modo diferente al de las personas mayores. La juventud vive cinco meridianos más atrás que los demás. Salen cuando los demás entran; bajan cuando los demás suben; despiertan cuando los demás duermen. Y contra esto no hay nada que hacer, como no hay nada que hacer contra la tendencia a sentarse en el suelo.

Existen padres que luchan desesperadamente para ganar la guerra del horario. Es una batalla perdida. A esta clase de progenitores celosos y autoritarios (dicen que quedan algunos), pertenece un veraneante de Punta Umbría que, puntualmente, a las doce de cada noche hace sonar un potente cohete volador avisando de ese modo a sus hijos que es la hora de regresar al hogar paterno, pero esto no se lo cree casi nadie. Más bien el fogonazo y ruido serviría para dar la señal de salida, a no ser que los que tengan que reintegrarse al techo familiar sean infantes menores de diez años, dotados aún de un metabolismo horario normal. En las tertulias de los toldos y sombrillas surgen a diario las discusiones en torno a la razón de ser de la ya esperada explosión.

Algunos opinan que como las doce ha sido siempre la 'hora bruja', el cohetazo convoca a un aquelarre de hechiceras o reunión de fantasmas. Tal parecer resulta ingenuo en sesudos criterios que alegan que el sur, sin nieblas y un sol espléndido, no es idóneo para meigas y trasgos, a no ser que sean magos nortefños adolecidos de reumas y artritis que han descendi-

do hasta estas latitudes en régimen de cura. Todo es posible, sobre todo tratándose de cosas de brujería.

Lo cierto es que cada noche más de un padre permanece expectante al sonido apercebimiento de las doce para irse a dormir tranquilo pensando que los niños del desconocido y admirado veraneante están ya recogidos, aunque los suyos no regresen sino después de las cinco de la mañana.

Bajo los toldos-mentideros hay quienes afirman que si los chiquillos no hacen acto de presencia a las 12,15, el vigilante progenitor disparará otro cohete. La paliza en este caso está garantizada. Es por ello que muchos señores mantienen atento el oído a ese cuarto de hora, aguardando el nuevo estallido para imaginarse la tunda que recibirán los retrasados, aunque él no será capaz mañana de preguntarle tímidamente a sus hijos a que hora regresaron. Lo importante es identificarse con el insólito hombre del cohete, verse representado por él y envidiarlo por no poder hacer lo mismo.

XXXIII

LOS BUSCADORES DE ORO

Cae el sol, redondo y sanguinolento, por Poniente y a nuestras espaldas se alza el amarillento disco de la luna. Aún se distinguen los colores de las ropas que visten seres aislados que pasean o pescan, las parejas absortas en sus arrumacos o los grupos que juegan.

Lentamente el colorido se apaga. La luna adquiere cada vez más tintes amarillos y en la lejanía el incendio crepuscular amplía su escenario, en tanto que el mar platea en la orilla y da paso a la oscuridad hacia el horizonte. Las figuras humanas quedan convertidas en negras siluetas.

Dos de ellas avanzan hacia nosotros, acariciando el suelo con un artilugio que mueven sin cesar. El ingenio consta de una pértiga de metal que, por un lado, se acomoda al antebrazo como si fuera una muleta, y por el otro concluye en un círculo con el que da la sensación que le dan masaje a la arena. Siguen avanzando hacia nosotros y nosotros hacia ellos.

-¿Me permite que le haga una pregunta?

Así interpele a uno de los hombres que deambulan de un lado a otro siguiendo al detector de metales.

Es un hombrecillo de edad, con ojillos azules, rostro lleno de arrugas y expresión picarona.

-Sí, las que Vd. quiera

-¿Qué hace Vd.?

-Busco joyas.

-¿Y las encuentra?

-Sí, con frecuencia; cadenas, anillos, medallas, zarcillos..., sobre todo zarcillos.

Saca del bolsillo un anillo de plata con una piedrecita que acaba de descubrir y me hace una demostración de como funciona su aparato. Posee dos, el que lleva, y otro mucho más caro, que le ha costado más de cien mil pesetas.

Acusan la presencia de cualquier metal enterrado a bastantes centímetros emitiendo un sonido. Con una azadilla, que lleva en la mano izquierda, escarba.

-Cuando la mar se enfada, me dice, la cosecha es mayor. Ahora -estamos ya en otoño- los hallazgos superan a los del verano. Siempre se encuentra algo.

-¿Hasta dentaduras?, le pregunto sonriendo.

-Pues sí; una vez encontré una dentadura metida en un cartucho de pipas. Y nos reímos del hallazgo.

Proseguimos la andadura. Nosotros hacia el Poniente, transido de malvas y oros que el perseguidor de tesoros no descubre y aprecia. Su bulto negro, que ausculta las entrañas de la tierra, posee algo de brujo que acentúa el misterio de la noche.

XXXIV

APODOS

Punta Umbría es un pueblo de aluvi3n donde los nativos se mezclan con los procedentes de Palos, Almería, Cartaya, Lepe, Ayamonte o Portugal. El minúsculo pueblo de casuchas de maderas blanqueadas es hoy una activa y próspera localidad con decenas de barriadas donde viven y conviven 10.000 personas. El desarrollo experimentado por el pueblo no ha traído una pérdida de la relación hombre-lugar y hombre-hombre. Son más los puntaumbreños, sí, pero todos se conocen y resulta gratificante conversar con los ancianos, siempre abiertos, sin dar muestra de recelos, ante la curiosidad del extraño que no ha tenido la deferencia de decirles cómo se llama, qué es y qué pretende. Visitar el Hogar del Pensionista resulta una interesante experiencia. Nadie nos detiene, ni interpela, ni pregunta adónde vamos y qué deseamos. Tal vez, pienso, porque ya tengamos cara de jubilado, de clase pasiva que cada año debe de mostrarle a la Hacienda que sigue vivo.

He dicho que todo el mundo se conoce, si no directamente, indirectamente, y no es raro que la nominación de la persona que se cite se haga mediante un

apodo, mote o nombrete. Sobrenombres muchas veces heredados y cuya razón explicativa se ignora ya. Otros son motes recientes, ganados a pulso por el individuo a causa de una característica personal, un hecho, una frase-muletilla al hablar, un parecido, un origen, o procedencia del individuo: el *Catalán*, el *Canario*, la *Palerma*, el *Ayamontino*, el *Indalo*... Este necesita una explicación, porque nos lleva a Almería. Resulta que el patrono de Almería es San Indalecio y a los así bautizados allí los llaman Indalo, como llaman Tobalo a los Cristóbal. Resulta también que en el yacimiento arqueológico de los Millares encontraron un idolillo representando un hombre estilizado, al que también llamaron Indalo y que hoy es símbolo de los almerienses.

En otros lugares hemos localizado apodos relacionados con la zoología. El individuo ofrece características propias de un animal, cosa que no falta en Punta: *Gorrión*, *Tejón*, el *Cuco* o los *Cucos*. Teniendo en cuenta que nos encontramos en un pueblo marinerro, en relación directa con el mar, parecía lógico los apodos que aludiesen a la fauna marina. Pero no, los han dejado para nominar a las calles y como nombretes sólo hallamos el *Camarón* y el *Choquito*. La botánica tampoco figura muy representada: *Comino*, *Lechuguita*, el *Capullo*, *Tabaco* y *Pinito*.

Lo más corriente es que el apodo proceda de una característica personal, física o espiritual, que tal vez el individuo ya no la posee. Se habla de *el Canijo*, de *los hermanos Feo* y del barco *del Feo* porque lo

fue su abuelo o su padre y la familia toda pasó a ser conocida con una designación que no tiene ya correspondencia con la realidad. Sobre todo, cuando el sobrenombre se expresa en plural: *los Caena*, *los Chumi*, no cabe la menor duda que se trata de una herencia.

Por una nota tipificadora de su cuerpo o de su espíritu, llamaron a alguien: *el Orejón*, *el Tres pelos*, *el Correbulla*, *el Enamorado*, *el Rapao*, *Mussolini*, *el Buzo*, *el Caneco*. Caneco figura en el diccionario de la lengua cual portuguesismo relacionado con caña (*canna* en latín). El Buzo no lo es por el ejercicio de esta profesión sino porque su aspecto recuerda a un buzo, lo mismo que Mussolini evoca al mandatario fascista y no porque actúe cual dictador el así apodado.

Curioso, para mí, oír hablar de *los Chascá*. La chascá es el desecho, basura o lastre que sale en las redes cuando se pesca. Entre los Chascá estaba o está *el Chamartí* y *el Rajagatos*, cuya historia todo el mundo conoce. Parece que habiendo convertido en embutidos un cerdo que había criado, notó la falta de un chorizo. Al preguntarle a la mujer por el paradero aquella le echó la culpa al gato, que el furibundo esposo no dudó en atrapar y abrir en canal. No sabemos si encontró el chorizo. Con el *Rajagatos* cabe citar al *Pescaliebres*.

Están finalmente, los apodos difíciles de explicar, por antiguos, nacidos de una actividad, de un defecto, de una profesión, de una muletilla al hablar, de una afición, de un parecido a algo, de una anécdota: *Tres reales*, *el Chuti*, *Parrango*, *Pichichi*, *el Pirata*, *el*

Carrerita, Chachita, Minuto, los Canito (a ellos pertenecía Rafael el de los burros), *el Carrero, el Chavo, Palada* (golpe que se da en el agua con el remo), *los Reventando, Panblanco, Poleá, Te lo piso, el Quinto, el Colchito, el Cano, el Chamaco, el Carloto*. Cuando le pregunté a una señora si no le molestaba que le llamen por el apodo, me contestó que no, *que me lo digan por muchos años* y me citó a *la Veneno, la Berrenda y la Petaca*, tres sobrenombres que no tranquilizan.

XXXV

LOS NOMBRES ANTIGUOS DE LOS CHALETS

En Punta Umbría era posible distinguir el pueblo de pescadores y el de los veraneantes, éste con sus llamadas *casas de salud* y en el cual se distinguía la Ría, la Canaleta, la Plaza muelle y el Cerrito. No existían calles. Fueron conformándose a medida que aumentaban las construcciones. Lo más idóneo y práctico para su localización (no olvidemos que había que ir a un quiosco en la plaza en busca de las cartas) consistía en llamar al chalet con un nombre. Cuando surgieron las calles rotuladas y los horrendos edificios-colmenas titulados *Altair*, *Everluz*, etc., decreció la necesidad y el interés de individualizar la vivienda con una denominación. La gente vivía y vive en la calle tal número cual, o en el edificio *Cuatrocanoas*, *Trini*, *Solumbría* o *Cortijo del Sol* piso tal, número cual. Sólo alguno que otro mostró apego a la antigua costumbre de *cristianizar* (quiero decir bautizar) a su morada, y le dio un apelativo que modernamente resultan sofisticados y de cartelas más artísticas que los primitivos. Los nombres del pasado permanecen aún en casas de tejas planas sobre armazón de made-

ra. La cerámica usada luce letras azules sobre fondo amarillo. Las hay aún en la calle Ancha resistiendo el acoso de los bloques innominados. Pero es en el Cerrito, esa especie de Acrópolis de Punta Umbría, donde las casas con su vieja denominación afrontan el tiempo y nos evocan un ayer de hace casi medio siglo.

Cual si se tratara de una piadosa letanía los hemos repasado para comprobar que abundan los nombres con los que el dueño de la casa quiso pregonar y hacer perdurable el de su esposa o de una hija querida: *Villa Cristina, Soledad, Rosana, Paquita, María, Berta, María Victoria, Matilde, María Montemayor*. Nombres femeninos; tan sólo uno masculino: *Chalet Santiago*. Conocemos la historia de algunas de estas familias representadas en un letrero colocado con ilusión y sobre el cual hay ya más silencio que vida. ¿Cuántos de estos seres viven aún? Algunos sólo en el recuerdo y en la placa.

Al igual que existen quienes mediante una pegatina proclaman que son rocieros u oriundos de una determinada localidad (costumbre norteamericana, que ellos expresan en la matrícula del auto) hubo y hay quienes testimoniaron en la morada veraniega una devoción religiosa o una procedencia: *La Blanca Paloma, Villa San Antonio, Virgen del Valle, Santa Agueda, Virgen de la Cinta, Virgen de la Oliva, La Moreneta, Virgen de la Granada, Linda Macarena...* Las famosas *Tres Marías*, junto al litoral, se llamaban y llaman *Ntra. Sra. de la Piedad, La Inmaculada*

Concepción y Virgen del Mar. Esta es la que ha sido reformada, desgajándose del grupo de trillizas en su fisonomía.

Los conquistadores españoles, ante la nueva realidad americana, para no perderse en ella y como un recuerdo a la patria chica dejada atrás, llenaron el mapa de América con los topónimos de sus pueblos. Algo similar sucede con el que recurre a un nombre geográfico para su chalet: *Villa Andévalo*, *Bentayga* (monte de Gran Canaria), *Báriloché* (localidad argentina), *Nervae*... Aquí en una demostración culta se ha querido decir, pienso, Soy de Nerva. No todo el mundo sabe latín, y menos griego por lo cual alguno se quedará sin saber lo que significa *Thalassa* (Mar). A veces las denominaciones son auténticos acertijos para el viandante. Resultan bellas; son extrañas; mas, no se adivina su razón de ser: *Herrezuelo*, *Armoya*, *Romalu*, *Rosadir*, *Arjomedima*, *Sexto Molino*, *Batayola*... Sólo un marino profesional conoce lo que es la batayola: una especie de barandilla en los barcos. Yo creí inicialmente que se había producido un error, que lo que se intentó grabar fue batahola, que equivale a jaleo, pero me parecía muy rebuscado aunque resultaba bueno el nombre si se trataba de una familia numerosa con hijos, yernos, nueras y nietos, que suelen acogerse al techo playero del *pater familiae*. Lo prueba una *Villa Jaleo* que existe en la calle Galatea. O era gente muy flamenca, como debió serlo quien bautizó *Los Verdiales* a una bella casa en la Avenida del Océano. Entre los nombres, para mí extraños o enigmáticos, estaba *Rengue* ¿qué significaba? Me aclaran que en tierra sanluqueñas y en la

Argentina equivale a parada, descanso.

Más claros y confesándonos sencillamente el porqué de llamarse así resultaban *Los Pinillos*, *Rompeolas*, *Atlántida*, *Rosa Negra*, *El Ancla*, *Delfin*, *Siroco*, *Saint-Tropez*, *El Chaparral*, *Las Rejas*, *Las Dunas*, *Altozano*, *Los Nietos*, (que ya no serán niños), *Pino Mar*, *Quinta Cheli*, *El Rincón*, *Vista del Mar*, *El Bosque*, *Arcadia* (¡qué iluso!), *Villa Carsol*, *Ancora*, *Las Tres Gracias*, *Piedras Negras*... Quedaba este chalet a principio de los sesenta en zona todavía despoblada. Nos atraía por su belleza hoy disminuida a causa de unos añadidos que han hecho, al tiempo que le han suprimido las piedras negras incrustadas en la blancura del muro y que explicaban la razón del nombre.

No podemos olvidar en este recuento incompleto y apresurado a los ya desaparecidos: *Los Bikukos*, *San Martín de Porres*, *La Daira*, *La Jaula de Oro*..., cuya dueña se apresuró a dejarla y venderla tan pronto quedó viuda. Y es que una jaula siempre es una cárcel aunque tenga los barrotes de oro.

XXXVI

EL CABALLO ABANDONADO

Han pasado los años. Han transcurrido veinte desde el verano en que encontramos a *Relámpago* en una duna de la playa. ¿Os acordáis? ¹Estaba hecho con una vieja y seca caña. Con descoloridas algas y papeles se le habían dispuesto las crines; con dos balbas le construyeron las orejas; y con dos conchas los ojos. Tenía una brida. Era tan acertada la construcción, y tan llena de autenticidad la expresión de su rostro, que me lo llevé para mi casa y lo guardé en el garaje.

Dentro de la boca ocultaba un papel en cuatro dobleces, donde dos niños, llamados Mónica y Ernesto, los constructores y dueños del equino, habían dejado un mensaje. La fecha era de septiembre de 1971.

En el margen izquierdo superior habían escrito además: *Importante: cuídelo bien. Muy agradecida. Mónica (13 años)*. Al lado de su nombre figuraba el de: *Ernesto Pérez Sopena*, que yo creí era su hermano. E, impreso en el papel (paterno sin duda), figuraba una dirección y teléfono madrileños: *Alcalde Sáinz de Baranda, 73. Teléfono 2736311. Madrid-9*. Al dorso, y con letra tal vez de Ernesto, añadieron: *Está hecho con todo el cariño del mundo y si se monta sobre él verá qué bien corre.*

¹ Vid. cap. I.

Relámpago es el mejor, el más fuerte y veloz, Y sólo lo monto yo. Gana todas las carreras y es un caballo de primera.

Aquel caballo de caña me daba la sensación de ser más caballo que uno de verdad, y su desamparo y el mensaje de los niños me conmovieron y me siguen conmoviendo pasados los años. Es un episodio veraniego que nunca he podido olvidar. Durante un mes, aquellos dos niños con sus padres habían estado jugando y bañándose muy cerca de nosotros, en una zona desierta de la playa rodeada de pinos. Cuando un día no comparecieron, nos acercamos hasta su ámbito, en lo alto de las dunas, y descubrimos a *Relámpago* junto a una ciudad hecha con diversos materiales.

También nosotros concluimos las vacaciones y regresamos a nuestro hogar de la ciudad, viéndonos obligados a dejar el caballo en el garaje y en el otoño, invierno o primavera, alguien se lo llevó. Tal vez otro niño, que jugó con él y lo volvió a abandonar cansado de cabalgarlo. Yo, sin embargo, quise creer que *Relámpago*, una noche de invierno, ante un trueno y un relámpago, ante la lluvia, la niebla y el frío, pereció disolviéndose en la eternidad yendo a ese Paraíso que dicen existe también para los animales. Allí jugará con millones de niños.

Lo sucedido con Mónica, Ernesto y *Relámpago*, me inspiró un artículo que titulé "Un caballo junto al mar". Artículo que hice llegar a los padres de los niños, que me lo agradecieron y comunicaron que lo habían enmarcado. Mónica me escribió una carta que aún conservo y que decía así:

Querido señor:

Al recibir su carta quedé muy sorprendida, pues no pensaba que redactaran mis vacaciones en un periódico. Tampoco creía que lo iba a coger Vd. (el mensaje) puesto que yo lo veía todos los días al ir a la playa. Le llamábamos: el señor de la sombrilla azul aunque a veces iba acompañado de una señora. Yo dejé a propósito mi dirección, no se porqué pero el caso es que la dejé.

Mi hermano se llama Mariano y Ernesto es mi padre y yo me llamo Mónica Pérez Picazo. De veras que me gustó mucho su artículo pero lo peor de todo fue cuando toda mi familia se puso a decir cosas: que si que niña más lista y más mona y cosas por el estilo y yo que eso lo odio estaba fastidiada.

Le vuelvo a repetir que su artículo me encantó y además no se perdió ningún detalle. Aunque mi padre haya dicho que no podía escribirle por ser pequeña yo le escribo porque quería agradecersele yo misma; y aunque con unas faltas de ortografía me defiando bastante bien.

Bueno gracias por todo.

Muy afectuosamente,

Mónica."

Durante veinte años he conservado el papel-mensaje de los niños metido dentro de un ejemplar de *Platero y yo*, libro que me encanta releer en los veranos de la tierra onubense. Una tarde, del verano ya ido (1991). sentí una similar congoja a la del día que hallé a *Relámpago* en la playa, al tropezarme con el escrito de Mónica y Ernesto entre las páginas juanramonianas. Han pasado veinte años. Los niños ya no lo son. Ella tiene 33 años y él, más o menos. No

recuerdo si era mayor, aunque creo que era menor. En el escrito es ella la que lleva la voz cantante. Me ha embargado una tremenda melancolía y resistiéndome a que el recuerdo permaneciese como una cosa muerta, más soñada que vivida, he tomado el teléfono y he marcado el número de Madrid. Quería saber de Mónica y de Ernesto, de lo que son, de lo que han llegado a ser, y preguntarles si recuerdan aquel verano de Punta Umbría en que jugaron y soñaron con un caballo que se quedó sólo a la orilla del mar.

He marcado el número del teléfono una y otra vez, y siempre daba la señal de comunicando. Entonces me he dirigido a información y he solicitado el teléfono de Ernesto Pérez Sopena. La telefonista me ha contestado que con ese nombre en Madrid figuran dos teléfonos, en dos direcciones distintas. Los marco: en uno suena el timbre, pero nadie lo coge; el otro da siempre la señal de comunicando.

En lo íntimo de mi ser yo esperaba que me contestase un niño o una niña. Iluso, pensaba oír la voz infantil de un ser que gritaría alegre al saber que *Relámpago* vive en mi memoria.

Y eso es un sueño porque *ya los niños y las niñas son hombres y mujeres*, como escribió Juan Ramón Jiménez en *Platero y yo*. El caballo *Relámpago* únicamente existe en mi recuerdo. Es posible que los niños de antaño, hoy personas mayores, se hayan olvidado de él. Sin duda, pensé, es mejor no insistir con el teléfono y seguir creyendo que los niños y las niñas de hace veinte años continúan siendo niños y niñas.

Postdata: En otra ocasión contaré cómo logré hablar con Mónica y Ernesto. La historia sigue en el capítulo XXXIX

XXXVII

TRISTEZAS

Las primeras tristezas brotaron con las primeras lluvias. Un día amaneció todo gris. La gracia del verano había desaparecido como por encanto. El aire se hizo fino y sonaba en las copas de los pinos. La bóveda celeste perdió luminosidad y el mar lucía un azul oscuro. Hubo truenos al atardecer, con lejanos relámpagos, y cayeron unas gotas. Fueron ellas las que hicieron germinar las primeras tristezas, aunque sabíamos que el buen tiempo regresaría y que septiembre sería, como siempre, un mes delicioso. Con la lluvia todo refulgiría.

Las segundas tristezas aparecieron cuando la gente comenzó a irse, dejándonos en torno un vacío angustioso. Nos atenaza la sensación de que ha bajado el telón dando por concluido el espectáculo. Y de nuevo los niños figuran como grandes agentes determinantes, porque ellos han de ingresar ya en los colegios y es preciso volver a la ciudad.

Repentinamente una casa cesa su vida. Desaparece la antena de TV; se desmontan pérgolas; se descuelgan faroles; se cierran ventanas... A la mañana siguiente todo es silencio en aquella casa. Han partido muy temprano.



ABC 557, 4 de enero de 1902

Un trozo de tristeza se aposenta en lo que hasta hace unos minutos era un foco de vida gozosa. Y así, poco a poco, se van clausurando y callando las casas, mientras nuestro espíritu se encoge por las ausencias. Nos entran ganas de huir. Y huimos hasta un nuevo año. Pero nos vamos sin saber si habrá reencuentro con el lugar y con los seres que durante este verano han compartido con nosotros la dicha de las vacaciones.

Hay algo de melancolía navideña en esta pena que nos depara el final de la estación estival. En Navidad evocamos a los que se fueron antes y, secretamente, nos preguntamos por los que permanecerán al cabo de un año. La congoja veraniega obedece a causas similares.

XXXVIII

EL MOLINO YA NO ESTA

El molino ya no está, pero el viento sigue todavía, escribió el pintor Van Goh en carta a un amigo. El molino, molino de viento, gris y sosegadamente altivo, se alzaba entre los pinos, junto a la casa del ingeniero forestal. Desde mi torreón de trabajo yo lo veía moverse con femenina coquetería y hasta mí llegaba un chirrido especial suyo. Era un ruido que, como otros caracterizaba al ambiente; el ladrido de los perros del médico, el rumor del mar, el motor lejano de un barco, la rabieta de una moto por la carretera, las voces y gritos de unos niños jugando... Cada escenario tiene sus ruidos y sonidos como los posee una casa, nuestra casa. En las viviendas, ya lo consignamos, nos son familiares -quiero decir, forman parte de la familia- el quejido que lanza los goznes de una puerta, el tic tac y las campanadas del reloj, el canto del canario, el trajín de unos cacharros... Cuando falta alguno de ellos sentimos su ausencia. Nos falta algo. Esto me ha sucedido con el molino. El molino ya no está...

Tampoco se encuentra el ingeniero forestal, ni el guarda-sirviente que cuidaba el jardín y el parque de pinos que, en suave declive, iba desde el altozano de

la morada hasta la línea de la carretera. La morada del ingeniero, en lo alto del cerrito, se mantenía como una referencia siempre blanca y limpia. El riego por aspersión y los celos de los guardias lograba que en el arenal creciera el verde perenne del césped y diversas plantas. Una lancha motora reposaba en la explanada frente al garaje. Todo dominado por el molino que no cesaba de girar y de volverse a un lado y a otro con un chirrido delator. En la dirección opuesta mi vista divisaba, sobre las copas de los pinos, una gran bandera española que un veraneante patriota izaba cada año proclamando su presencia y patriotismo.

Al concluir el luminoso y gozoso verano la bandera era arriada, símbolo de un éxodo no exento de melancolía. Porque duele abandonar los lugares donde se ha sido feliz y se ha vivido la vida intensamente, en mayor comunión con los demás y con la naturaleza. Duele comprobar como el paisaje va perdiendo esas notas que le caracterizaban. Desaparecen las voces de los niños camino de la vida colegial; se cierran las ventanas del chalet vecino... como en una representación teatral se van apagando las luces en torno e imponiendo el silencio.

Un día faltó para siempre el ingeniero; su vivienda dejó de ser la casa del ingeniero forestal. Otro día abandonó los bajos el guarda-sirviente. La casa permaneció silenciosa un tiempo, mientras que el molino no cesaba de moverse y hablar con el viento. De

pronto llegaron nuevos ocupantes, eran unos vietnamitas huidos de su patria. La casa perdió su aspecto immaculado; el césped se secó y las plantas se marchitaron. El parque de pinos se convirtió en un vertedero de basuras y su pared de la carretera cayó medio derruida. La degradación hizo estragos. Por último, se fue el molino.

El molino ya no está, pero el viento sigue todavía. Tampoco están ya en la arena las huellas de nuestros pies enamorados, pero el mar sigue todavía. Ni están los niños de antaño, convertidos ya en hombres y mujeres. El molino ya no está. ¿Quién se lo llevó? ¿A dónde lo llevaron? El molino era parte de un paisaje entrañable, al cual, sin duda, retornará la bandera el próximo año. Pero el molino no volverá. Como no volverán nunca las casas de madera verde que los ingleses fabricaron, ni los caminos y dunas de arenas impolutas, ni el aislamiento y seguridad de nuestras *casas de salud*. Tal vez el molino ha querido ausentarse o irse con todas estas cosas que se fueron, y cuya evocación tiñe de dulcedumbre nuestros recuerdos, junto con el saber que también nosotros nos iremos, dejaremos de estar. Sólo nos consuela saber que el viento sigue-seguirá todavía...

XXXIX

MONICA Y MARIANO

Creo que la razón de mi nostalgia radica en la melancolía de septiembre. Melancólico por otoñal y porque señala el final de las exultantes vacaciones veraniegas. Atosigado por la nostalgia y por querer saber que fue de los niños de veinte años atrás, insistí telefónicamente y al fin logré saber de ellos. Hablé con el ex-niño, a quien yo llamaba erróneamente Ernesto. El, sorprendido de mi inesperada aparición, me hizo saber que quien se llamaba Ernesto Pérez Sopena era su padre y que éste, con su hermana Mónica Pérez Picaso, fueron quienes construyeron el caballo de caña. El, llamado Mariano, tenía en 1971 ocho años y fue un mero espectador. Sus padres, con los dos hijos, veraneaban en Mallorca, pero aquel año, no sabe por qué, fueron a Punta Umbría de la cual recuerda el bosque de pinos que había que cruzar para llegar al mar y el caballo... Estudió Ciencias Económicas y tiene ya un hijo de 17 meses. Mónica, su hermana, vive en la que fue casa de sus padres y cuenta también con un hijo pequeño; mientras que sus padres habitan en la Sierra de Madrid. Le anuncio el envío a los dos hermanos del artículo "El caballo abandonado". ¿Cual será su reacción?

Mónica, cuya voz desconozco, me acusa recibo en una bella carta que no dudo en reproducir como final (¿final?) de esta historia de niños, caballos, sueños, veranos, el mar, pinos, ilusiones, y fantasías:

"Querido Francisco: Cuando recibí tu carta no había hablado con mi hermano todavía, pero deduje que eras tú el que escribías. Admiro tus *chifladuras* y me conmueve que alguien me recuerde después de tanto tiempo que *he sido niña*.

Guardo el primer artículo que nos enviaste hace 20 años, enmarcado para que el tiempo no lo marchite.

La verdad es que recuerdo con mucha claridad aquel verano... y además tú me ayudaste a no olvidarlo.

Aquel caballo nos ayudó a construirlo mi padre que es un auténtico manitas y mi hermano Mariano y yo nos encargamos de darle vida.

En estos veinte años he vivido muy intensamente y una de las filosofías que aprendí en mis visitas al Oriente es que nunca debemos de dejar de ser niños...

Ahora yo tengo una hija de 14 meses. Casualmente he ido a parar al domicilio donde nací... Mi marido es brasileño y nos conocimos en la India. He dado muchas vueltas y ahora llevo una vida rutinaria de madre y de trabajadora que a veces se me hace cuesta arriba... pero seguiremos intentando ser niños otra vez.

Gracias por sacarme de la rutina y hacerme sentir *importante* en tu corazón.

Un cordial y cariñoso saludo".

XL

LAS FABRICAS DE HIELO Y DE GASEOSAS

Fueron de las primeras industrias de Punta Umbría y por eso las recordamos. Aparte de que, pese a que no son tantos los años transcurridos, el adelanto tecnológico experimentado es tal que ya un muchacho joven ignora, no ha visto, un sifón, ni conocido una botella con boliche de colores . La fábrica de gaseosas, propiedad de Antonio Pascasio, estaba junto a la antigua plaza de abastos; la fábrica de hielos, de don Adrián, estaba por el Cerrito, cerca de la casa del ingeniero forestal y cerca de mi casa actual enclavada en la cota más alta del pueblo.

La idea de usar nieve o hielo para mantener fríos los alimentos y bebidas es muy antigua . Como siempre, y al igual que otras tantas cosas, fueron los chinos los pioneros en tal uso hace 1300 años. En cambio correspondió al español Blas de Villafranca idear en 1550 el medio para conservar el hielo más tiempo añadiéndole sal. Fue así como nació el "armario de nieve" , antecedente de las actuales neveras. Cuando el americano Jacob Perkins fabricó por vez primera hielo artificial en 1834 dió un paso hacia los refrigeradores (Pancracio Celdrán : *Historia de las cosas*,

1995). Yo recuerdo los años en que íbamos al Cerrito a comprar hielo que se introducía en un armatoste, dentro de una cámara aislada, mientras los alimentos y botellas se depositaban en otro compartimento. Aquellas neveras no se diferenciaban mucho de los "armarios de nieve" del siglo XVI.

De las gaseosas nos atraían no sólo su líquido, sino los boliches de colores con los que se jugaban. La gaseosa nació en 1741, cuando el inglés William Bronning inyectó ácido carbónico a un recipiente con agua mineral. Lo que fue un curioso experimento se difundió por prescripción médica como medicina ideal para ciertas dolencias estomacales. Fue en 1832 cuando un tal John Mathew inventó un aparato para saturar el agua con gas carbónico que popularizó la bebida con burbujas, como fue conocida y a la que se dotaría de diversos sabores. Por nuestros pagos, una bebida de esa familia, muy lograda por cierto, lo fue el GODOVI.

Hoy la gente de menos de treinta años es capaz de pensar que el GODOVI tiene que ver con Lady Godiva; no ha visto nunca un sifón y pide "un tinto de verano" en lugar de un tinto con sifón.

XLI

LA NIÑA Y LAS OLAS

La acción del mar ha formado un escalón en la arena de la playa. El agua, en pleamar, se acerca cada vez mas al declive del escalón. En lo alto de él una niña contempla un tanto fascinada el vaivén del agua. A la niña le atraía la masa inmensa azul que avanzaba hacia ella, pero antes de alcanzarla se deshacía en blanca alfombra . Las olas caminaban una y otra vez hacia la niña, que descendió del escalón y marchó lentamente a su encuentro. En su mente, una ola, la otra ola y la otra que se sucedían jugaban coquetamente a darse muriendo antes de entregarse. La niña seguía avanzando, y a medida que bajaba hacia la orilla la masa azul era mayor, y la frontera espumosa que llegaba y se retiraba o se enterraba en la arena, resultaba mas cercana.

Las olas no descansaban e iban acortando la distancia entre ellas y la niña. También esta la acortaba desplazándose lentamente hasta que hubo un momento en que el deshacerse de las olas y los pies de la niña coincidieron. Esta, al sentir el frío del líquido, reaccionó despertando del embrujo que las incansables olas le producían.

Cuando advirtió que una nueva ola la amenazaba con cubrirle los pies, dio la vuelta y corrió.....,pero de inmediato volvió en busca del agua infatigable que se repetía y pasaba del azul al blanco. La niña temía que si aquella especie de corcel le atrapaba toda la inmensidad del océano se le echaría encima.

La niña aguardaba a la ola y, cuando casi estaba a su altura, giraba y corría seguida por la espuma blanca. El juego resultaba interminable como interminable era el movimiento del mar. Tanto repitió el juego y confió en su rápida reacción que, en un momento dado, se descuidó, no llegó a tiempo al escalón salvador, y la ola rompió sobre ella y la derribó y sepultó. Tragó agua. Pasó miedo y lloró. El agua no se detuvo. Continuó arrastrándose socavando el escalón, y la niña creyó que le pedía perdón y volvió a jugar con ella.

XLII

LAS VENDEDORAS DE PESCADO

Se sitúan, de mañana, a la orilla de la ría, frente por frente a la Plaza 26 de abril de 1963, bajo un cielo celeste y un sol radiante. Se guarecen de este bajo unas viejas sombrillas playeras. Las mujeres son seis. Frente a ellas se disponen seis mesitas desiguales y un tanto valetudinarias. Sobre ellas yacen recipientes de metal, plástico o mimbre conteniendo el pescado que sus maridos o familiares acarrearán saliendo del mar. Mientras llegan los clientes las mujeres hablan en corro y ríen. Pausadamente, y contra el viento, las gaviotas vuelan, chillan, se posan y vuelven a volar. Casi en la misma orilla flotan barcas, algunas con banderas blancas o negras, y trajinan hombres manipulando en las redes. Sobre la misma arena yacen otras embarcaciones.

Detrás de la escena, a lo lejos, la isla de Saltés y una ristra de grúas y horrendas chimeneas. El paisaje yace quieto. Solo se mueven las gaviotas, las sombras de ellas sobre la arena, las manos ágiles y diestras de los pescadores, y las banderas. Se oye las voces de las mujeres y el chillido de las gaviotas. De vez en cuando llegan clientes que preguntan, conversan,

regatean y contemplan crédulos o dudosos el pesaje en unas basculitas en las que hay que creer como cualquier dogma religioso. También llegan pescadores, con sus frutos marinos: acedías, lenguados, pulpos, chocos, langostinos... Han salido en grupos de dos o tres hombres por la tarde hacia la mar para echar las redes (calar) y señalan con boyas y banderas el lugar donde han calado la red... Vuelven por la mañana, a las seis, a levantarlas.

Otras veces lo que echan son los cagilones. Por la mañana. Vuelven a los dos días. Sacan el pescado y dejan los cagilones. Estos sirven para apresar al pulpo, porque el choco, mas pequeño, se pesca con red... Si un choco se mete en el cagilón lo echan al agua, solo interesan piezas de dos kilos para arriba.

Las mujeres siguen con su cháchara y su venta. Los clientes prosiguen llevándose el pescado fresquito, recién salido del agua (por eso dijimos que los pescadores salen del agua) Las gaviotas revolotean y aguardan a los pescaditos y desperdicios que las mujeres desechan. Cuando no tienen que comer (las gaviotas) se van al campo y se alimentan de higos o aceitunas. Lo que caiga. Un grupo de ellas se pelean, chillan y yo me voy con mis acedías...

XLIII

LA ROMERIA

Primero se oyeron cohetes. Los romeros se acercaban. Era octubre. Frente al ayuntamiento la gente se iba concentrando y, en medio de ella, estaba un grupo de hombres y mujeres vestidos de flamenco con guitarras y tambores. Era el coro que aguardaba a las carretas con los romeros.

A los cohetes, cada vez mas presentes, seguía el sonido de tambores en un intenso tam-tam. Pronto aparecieron los caballistas. Eran muchos. Precedían a la carreta con la cruz bajo dosel de plata. Pasaban y pasaban jinetes y amazonas; ellos, apuestos; ellas, cual modelos. Delante de la cruz marchaba el Hermano Mayor con su vara de plata, orgulloso. Ordenó parar la carreta frente al coro, que se puso a cantar con auténtico frenesí. A unas sevillanas seguían otras. Los tambores, los panderos, las guitarras y las palmas no cesaban en su alegría. Los caballistas, pacientes, esperaban ; los caballos, impacientes, se removían de vez en cuando. Las chicas con las banderas de España, Andalucía y Punta Umbría descansaban y charlaban entre sí. La multitud escuchaba los cantos y comentaban. Al fin , el Hermano Mayor ordenó que la comitiva reiniciara su marcha. Los ji-

netes se movieron y el cortejo prosiguió su caminar. Detrás de la carreta con la cruz iban decenas y decenas de carruajes con mujeres y niños que palmoteaban sin descanso. Cuando el murmullo humano se disolvió continuaba todavía oyéndose el tam-tam de los tambores y el zumbido y explosión de los cohetes.

Y entonces fue cuando me pregunté ¿Pero este no es un pueblo de pescadores? El alarde de caballos y coches corresponde mas a un pueblo de agricultores. Quise saber la respuesta y me la dieron y me aclararon que son muchos los pescadores y armadores que poseen caballos; que existe un inmenso picadero; y que la afición por las romerías -eco sin duda del Rocío- es tan grande que más de uno alquila un caballo para participar en la fiesta.

XLIV

MIS PERSONAJES INOLVIDABLES

Antaño la población de este pueblo la integraba un retablo abarcable dentro del cual, por una u otra razón, sobresalían algunas figuras. Figuras populares y por todos conocidas. Es lo que acontecía con Rosario la de la fonda o el casino; Vides el cartero; Julián el del bar; los burreros, el Porras y Rafael Gil; el Camarón, un apodo que compartían varios individuos (un patrón de canoas, un albañil, y un camare-ro); Pascasio Toscano, dueño de canoas; el Chinguito (Antonio Gil Hernández) dueño de un galeón con ese nombre y que sería el primer alcalde; Pepe Figueroa, farmacéutico y alcalde pedáneo; el médico don Patricio; el cura don Lorenzo; Rafael el Caneco, mi primer albañil; y otros... Hubo dos de estos personajes que nunca supe como se llamaban. Ni supe donde vivían y quienes eran sus familiares. Cabía que yo los bautizase con un nombre para mi uso personal. Y así lo hice. A uno lo llamaba "El sacristán" por su actuación en la iglesia, al otro lo apodé Raf Vallone por el parecido que tenía con este actor.

Eran jóvenes cuando los conocí, cuando me fijé en ellos. Me resultó imposible ignorarlos por la personalidad que desprendían. El Sacristán era delgado,

de piel blanca, pelo rubianco y ojos azules. Siempre serio. Miraba a los fieles muy seriamente. En el templo de don Lorenzo, años 50, el Sacristán, tieso, severo, encendía las velas y las apagaba. Llegado el momento de la lectura lo hacía con un acento local, correctamente, con buena voz. No dudaba en detenerse y alzar la vista si percibía un murmullo de voces. La gente hacía caso de la admonición que con los ojos nos fuminaba el Sacristán.

A Raf Vallone me lo encontraba por la calle o en algún bar. Iba siempre solo, como el Sacristán. Risueño. De pelo negro y ensortijado. La pierna derecha la tenía algo zamba y, de vez en cuando, sometía su rostro a un tic nervioso estirando el cuello.

Jamás hablé con ellos, a los que me unía una comunión espiritual de simpatía. Nunca supe como se llamaban, ni indagué cuales eran sus profesiones. De pronto un día me encontré que detrás de la taquilla del cine "Pescadores" se asomaba el rostro del Sacristán, con su habitual seriedad. Era el taquillero y expedía las entradas con la misma severidad con que leía la palabra de Dios. A Raf Vallone continuaba viéndolo por la calle y en nuevos bares abiertos al conjuro de la nueva Punta Umbría ya ayuntamiento independiente. Se le notaba mas viejo, con un rostro lleno de arrugas similares a las que lucen los hombres de la mar.

El pueblo, como dijo el poeta de Moguer, se hacía nuevo cada año, mientras nosotros nos hacíamos más

viejos. Un día dejé de ver al Sacristán y a Raf Vallone. Yo seguía viviendo donde siempre, regresando cada verano a la casa de toda la vida, donde he sido inmensamente feliz, recordando de vez en cuando a mis personajes de cuyo destino nada sabía. Y cuando quise conocerlo ya habían muerto.

El Sacristán se llamaba Celestino; fue empleado del Ayuntamiento tras ejercer como taquillero y cobrador de recibos de la Sevillana de Electricidad. No tenía hermanos. Vivía con una tía y tenía muchos amigos. Sufrió ingratos contratiempos mientras formó parte del personal del Ayuntamiento.

Raf Vallone se llamaba Antonio Lozano. Algo tartajoso al hablar; tocaba el acordeón y había sido pescador. Tenía una hermana. Se casó, le nació una hija, y pronto se separó. Al final estuvo empleado como guarda del vertedero.

Los dos andan ahora transformados en brisa marina, correteando entre los pinos y sobre las olas. Y yo, que nunca hablé con ellos, y les profesé una especial simpatía, les oigo en el silbido del viento.



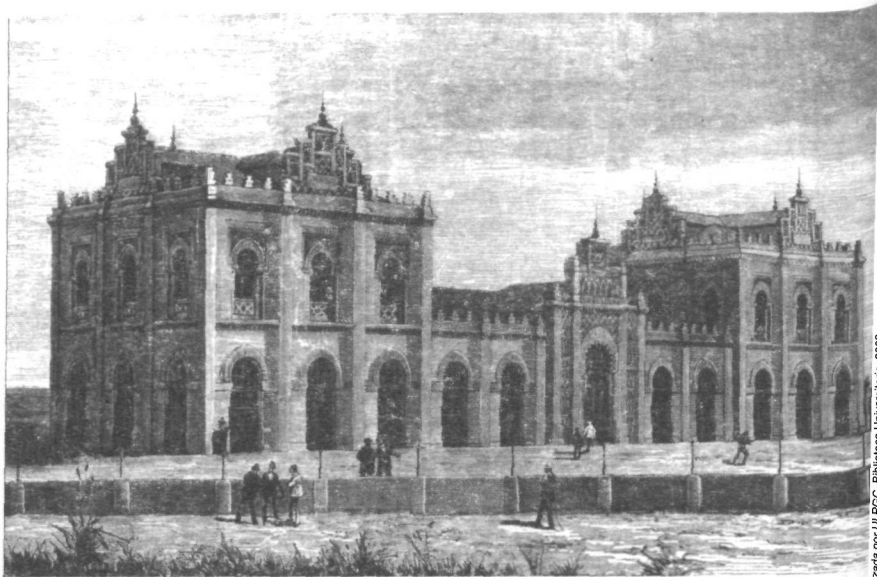
HUELVA. Vista del puerto y del gran muelle de carga y descarga, enlazado con la estación de ferrocarril, "La Ilustración Española y Americana". 22 de marzo de 1880.

XLV

DIARIO APÓCRIFO DE UNA JOVEN INGLESA

Me mortifica sobremanera reflexionar en torno a lo que fue y dejó de ser, o sobre lo que es y está dejando de ser, especialmente si al objeto de mis consideraciones le acompañan la belleza, la felicidad y la alegría. Por eso me afecta tanto saber que los niños no lo serán siempre, y me duele contemplar una fotografía con seres que ya no existen o son muy distintos a como allí aparecen. Acabo de recaer en uno de esos estados de ánimo viendo las ilustraciones de un libro dedicado a exponer magistralmente el significado o protagonismo de Huelva en la Segunda Guerra Mundial¹. Se estudia en sus páginas la historia contemporánea de las comunidades extranjeras en la citada ciudad, de las cuales la británica fue la más notable y trascendente. Los ingleses llegaron a Huelva a partir de 1873 vinculados a las Compañías Mineras de Rio Tinto y de Tharsis y al Ferrocarril Zafra-Huelva. Ellos, los británicos, descubrieron la playa de Punta Umbría, donde se les autorizó a construir unas "casas de salud" o bungalows de madera en los que vivían durante el periodo estival siguiendo un riguroso orden.

¹ Jesús Ramirez Copeiro del Villar: *Espías y neutrales: Huelva en la II guerra mundial*. Huelva, 1996



HUELVA. Estación del ferrocarril a Sevilla, abierto al servicio público el 15 del actual. "La Ilustración Española y Americana", 22 de marzo de 1880

En las fotos a las que me referí aparecen en una de ellas niños, exactamente once, de mayor a menor, que celebran el cumpleaños de uno; y en la otra se ve a una jovencita de 19 años, Bobby Brown, risueña, y morena por el sol, sentada en la arena, con una casa al fondo. En la misma página figuran sus padres. Contemplando a aquellos seres, sobre todo a los niños y a la jovencita, con sus expresiones de felicidad, yo me he preguntado ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué fue de ellos? Aguijoneado por la curiosidad he querido desvelar el rumbo que tomó la vida de la joven que descansa sentada en la arena, y he comenzado mis indagaciones consciente de lo peliagudo que es reconstruir una vida a base de información oral.

Nada hacía suponer que serían aquellos sus postreros días estivales en la playa de su infancia, adolescencia y juventud. Pero yo si lo sabía casi medio siglo después, y de ahí mi tristeza frente a su sonrisa. Han pasado muchos años y quien era niño, adolescente o jovencita en 1940 es ya una persona mayor, si es que vive.

Durante días conocí e interrogué a diversos informantes sin mucho éxito. Hablé con personas mayores de mi entorno y de fuera de él sin obtener informe. A un entrañable médico de mas de 90 años que le pregunté me contestó que nunca tuvo pacientes ingleses puesto que contaban con su propio hospital o clínica hasta que al final Pepe Candón, a quien tenía bien cerca de mi a lo largo de mis indagaciones durante

casi todo el verano, recordó que él conocía a uno de los niños de la foto, al llamado Roberto Brown y que este, veraneante en Punta Umbría, estaría en condiciones de saciar mi curiosidad. Al fin había dado con alguien que fue actor de aquel remoto pretérito.

Concertamos una cita a una hora fijada por él, claro: las cinco de la tarde. Nos veríamos en una cafetería del desembarcadero. Era ya época de moscas y recuerdo la impertinencia y constancia de estas. Robert Brown resultó ser un inglés disfrazado de andaluz o un andaluz disfrazado de inglés. Antropológicamente era un claro espécimen de la raza británica, (si es que la británica es una raza y si es que existen las razas), pero el acento de su español y su simpatía eran muy sureños. Sí, me dijo, yo conocí a aquellos niños, formé parte del grupo y una de mis compañeras, Isabel Naylor, ahora señora de Mendez Camacho, creo que mantiene cierta relación con la entonces adolescente retratada mientras descansaba sobre la arena en el verano de 1940. Roberto Brown me facilitó importantes datos sobre la vida de sus antepasados en las tierras de Onuba. Sobre una servilleta de papel me dibujó la disposición de los bungalows ingleses en Punta. Y por él entré en relación con la ex Isabel Naylor para mí todavía hoy una voz pues sólo mediante el teléfono hemos conversado. Amable, muy gentil y simpática, me confirmó lo que sabía y enriqueció el bagaje de mi curiosidad con otros detalles. Ella, en efecto, conoció a la chica que con 19 años fue retratada en las arenas de Punta Umbría. Su relato se hizo tremendamente novelesco,

cuando me confió que ella -Isabel Naylor- era la dama que anualmente depositaba unas rosas en la tumba de William Martin, el hombre que nunca existió, supuesto agente cuyo cadáver los ingleses arrojaron por El Portil con falsa documentación que engañó a los alemanes. No daba crédito a lo que oía y menos lo daba cuando me hizo saber que el personaje objeto de mi curiosidad, Bobby Brown, su amiga, ¡hacía dos días que había abandonado Punta Umbría! Estaba allí, en la misma playa, mientras yo me volvía loco buscando quien me pudiera facilitar datos sobre ella. Yo estoy seguro que si nos hubiésemos encontrados ella hubiera evocado los días de su infancia y juventud en Punta Umbría y me hubiera confesado el dolor de su partida.

Estoy seguro, que en uno de esos atardeceres infinitos de Punta, hubiera rememorado el pasado, que era lo que yo quería. Me hubiera dicho, estoy seguro de ello: *"Tuvimos que salir de España en 1941 y aún recuerdo la enorme tristeza de esos últimos meses en Casa Zafra. Habíamos sido tan felices en España, teníamos un montón de amigos españoles, los veranos en Punta eran como un sueño, los empleados de la Compañía eran como de nuestra familia y las despedidas durante los últimos días eran de las más atormentadas.*

Todavía soy capaz de llorar cuando pienso en ese tiempo... Para mí los recuerdos de Punta son todos de alegría y la inocencia de la juventud. De la playa y los paseos, de las excursiones a caballo al Portil, de las excursiones en barca de remo o de vela a los pinos, de los bailes en casas de amigas, de las reuniones en la playa, las buñoladas, las clases de sevi-

llanas etc. en nuestra casa con "Paito", de las excursiones a Huelva para tomar un "pic-nic" en La Rábida o ir a la Plaza de Toros..." ²

Acusado su padre de ser el jefe del espionaje inglés en España se vio obligada a dejar una tierra que había hecho suya. Por equipaje llevó fundamentalmente sus recuerdos. Detrás dejó muchas cosas queridas, entre ellas cinco perrillos "lulú" y una especie de diario donde había ido recogiendo sus impresiones de la playa onubense y que tituló: *Revelaciones*. A mí, me comunica la informante, la señora Méndez Camacho, (Isabel Naylor) me legó su perrita preferida y cinco cuadernillos³ en los que fue consignando una serie de notas, que no ofrecen el carácter de un diario, pues van desprovistas de cronología, pero en las que con espontaneidad se plasma el descubrimiento del escenario puntaumbriño.

A la semana más o menos, sonó el teléfono y la voz de quien ya yo consideraba una amiga me participó que había dado con el primero de los cuadernillos⁴. Los demás, suponía, debían de estar perdidos entre cartas, postales y fotos guardadas en varias cajas de cartón. Era cuestión de tiempo; en cualquier momento libre se pondría a rebuscar en el desordenado material. Mientras, me remitía por correo lo hallado des-

² El texto transcrito pertenece a una carta escrita por Chris (Bobby) Brown al autor en noviembre de 1998

³ Afirmación sin base real

⁴ Innecesario aclarar que lo que aquí se cuenta es pura creación del autor que, sin embargo se ha inspirado en hechos reales.

pués de releerlo y comprobar que no se aireaba ninguna intimidad. Le di las gracias al recibir el envío y aguardé la aparición de los restantes pliegos, pero los meses se han sucedido sin que yo volviera a tener mas noticias sobre el extraviado "diario".

Han pasado los años y con el fin de evitar que un nuevo traspapeleo ocasione la pérdida definitiva de un testimonio historiográfico con cierto valor, he decidido dar a conocer lo que una joven inglesa confió al papel hace ya mas de medio siglo y cuya peripécia vital averigüé parcialmente.

El librito lo forman una veintena de hojas de color azulino que el tiempo ha desvaído, y en cuyo frontispicio la autora escribió, según dijimos: *Revelaciones. Punta Umbría, verano de 1940*. Es posible que inicialmente su intención fuera darle vida a un diario del alma, a unas confesiones. De ahí el título. Pero ciertamente lo escrito en lo que conocemos no ofrece tal carácter. Resaltan dos manchas que yo, mas que achacarlas a la humedad, imagino que son la huella de dos lágrimas. Pasada la portadilla, el cuadernito se abre con una primera anotación. Aunque hay espacio para un segundo apunte, la autora lo dejó en blanco y sigue en la siguiente página con una confidencia:

Llenaré estas páginas con las vivencias, hechos, observaciones, pensamientos y reflexiones que, pasado el tiempo, me sirvan para recordar unos días que, presiento, van a ser felices. Los fueron los de veranos anteriores, ¿Por qué no los serán estos?.

*Sentado en la galería mi padre permanece abstraído por la lectura o por la contemplación del mar. Mi madre se entretiene haciendo punto o leyendo la prensa cuyo contenido comenta con mi padre. Cuando la luz solar declina, mi padre coloca siempre en la misma repisa sus lecturas. Son dos libros algo manoseados, el **Diario de Samuel Pepys** y la **Biblia**. Tal vez el primero sea el culpable de que yo me haya decidido a consignar en este cuaderno mis impresiones en Punta Umbría.*

*Hoy he ido al muelle a ver atracar el remolcador de la Compañía Minera de Río Tinto. Se llama **Fortuna**. De él han desembarcado mujeres y niños con bártulos, objetos y pertenencias familiares para vivir durante un mes en uno de los bungalows de la Compañía. En ese tiempo los hombres harán acto de presencia a finales de la semana. Ellos vienen en el barquito conocido por la **Margarita**, siempre muy limpio, con sus toldos a rayas verdes y blancas.*

*A mi me encanta contemplar estas llegadas: de los niños que gritan gozosos, y de los hombres que se encaminan presurosos hacia sus casas. Y me entusiasma también observar y escuchar al patrón de la **Margarita**, impecablemente uniformado y tan reluciente como los cobres de su barco.*

Es ya de noche, escribo a la luz del carburo con los sentimientos muy frescos de lo que acabo de vivir. Hace una hora que me dirigí hacia el bosque de eucaliptos que se alza junto a la Peña, ese bungalow

hotel en el que nunca he entrado. Seguí hacia el muelle o embarcadero. Desde un cercano ventorrillo, en el que coinciden españoles e ingleses, procedían voces de hombres que bebían y charlaban. Seguí de largo y me acerqué a otro conjunto de inmensos eucaliptos en el que hay un puestecillo de bebidas solo frecuentado por pescadores. Uno de estos marineros cantaba una canción acompañándose de un acordeón. Me detuve sobrecogida por la tonada melancólica de la música. Quien la entonaba era un portugués. No entendía nada de la letra aunque intuía que aludía a lugares y seres queridos y lejanos. Abandonar forzosamente el suelo, los seres y las cosas amadas pensé que debe ser terrible. Me siento triste. Seguro que tardaré en conciliar el sueño. La melodía del portugués se me ha metido en la mente.

El despertar del día es tan espectacular como el crepúsculo. El cielo hacia levante arde a eso de las ocho de la mañana. Unas nubes de bellas formas se van tiñendo de rojo, un rojo que se suaviza a medida que las nubes se alejan del sol. Los tonos discurren del púrpura al rosa. Las nubes, con sus extrañas estructuras, cuelgan quietas del cielo. Por contraste el mar yace gris. A medida que transcurren los minutos, los cúmulos pierden color y prescinden de sus mágicas formas. Persiste el sol, cada vez menos sangriento. El colorido que le precedía ha dejado paso a un disco nítido todavía nada hiriente. Hoy hará calor. Todo yace inmóvil. El único movimiento sin

el ruido es el de las pausadas gaviotas volando solitarias o agrupadas. De pie en la galería dejo que entre en mis ojos el esplendor glorioso del amanecer.

A veces, al no tener con quien hablar, escribo. Durante un buen rato vuelco mi corazón en las cuartillas sintiéndome algo liberada ¿De qué? Vaciada mi mente y mi corazón a manera de confesión me invade una ensoñación plácida.

Hoy me acordé de algo que leí en una novela y decidí convertir mi confesión en un mensaje. Metí las cuartillas escritas en una botella que lacré pensando en Simón, un pescador que suele traer pescado fresco a casa y a veces navega durante días hasta la costa africana. El pudiera arrojarla al océano cuyas corriente se encargan de llevarla muy lejos. Así lo hice.

Ahora, cuando paseo por la playa, en la bajamar, y distingo una botella varada en la arena, me da un vuelco el corazón. Temo que alguien conteste a mi mensaje-confidencia sin caer en la cuenta que no puse remite. Solo firmé con mi nombre: Bobby.

Anoche sentí miedo. No es la primera vez que me despiertan ruidos y voces que hablan en susurro. No me atreví a moverme cuando las escuché; me tapé con la sábana y me arrebujé en ella metiendo la cabeza debajo de la almohada. ¿Quiénes eran los autores de aquellos movimientos y ruidos ?

A la hora del desayuno se lo pregunté a mis padres y no pude menos de reírme al saber cual era la causa de mis miedos. Resulta que de madrugada el

guarda con algún acompañante cambia en la parte trasera del bungalow el bidón o depósito adónde van a parar todas las aguas sucias y fecales de la casa. Ellös eran los tragos de mi imaginación.

Cuando regreso de mi paseo mañanero me cruzo con el guarda y sus burros que sortean las dunas camino de la playa y procuran no pisar los caminitos de madera. Van cargados con las casetas, toldos, hamacas y demás enseres que usarán los niños de la Compañía en su diario baño. Ellos pasarán el día en íntima comunión con la arena y con el agua, haciendo castillos, arrojándose desde lo alto de los médanos, chapoteando en los charcos, zambulléndose contra las olas o fingiendo que cabalgan en ellas cual blancos corceles. Por la tarde volverá el guarda precediendo a la recua de dóciles jumentos en busca de los niños, que se han bajado de las olas incansables y montado felices en los burros de aire cansino.

De pequeña quise tener perros, pero mi madre se opuso porque consideraba que mi deseo era un capricho pasajero. Cuando te canses del animal, aseguraba, lo abandonarás y entonces ¿Quién lo cuidará? Ahora que soy mayor he logrado lo que se me negó siendo niña. Poseo cinco perros, mi preferida es "Biddy". Siempre tiene ganas de jugar. Alegre y retozona me acompaña en mis andanzas matinales por entre las dunas y el litoral. Corre en busca de la concha que arrojo y no duda en entrar en la misma agua con tal de cogerla y entregármela halagado-

ra y satisfecha. Si me siento a descansar y a perderme en ensoñaciones, ella prosigue olisqueando los restos que el mar deposita y entre los cuales también mis ojos indagan con la esperanza de hallar un tesoro.

A veces de los bungalows vecinos se acercan al mío unos niños que tendrán la mitad de mi edad. He logrado saber que se llaman Gough, Cluett, Arnold, Naylor, Heron... Les atraen mis perrillos y el verme montar a caballo. No se atreven a aproximarse demasiado, sin duda adoctrinados por sus mayores. Hoy, sin embargo, han acortado mas la distancia y me han preguntado por el nombre del caballo ¿Cómo se llama tu caballo?. No les contesté. No les dije que se llamaba "Mariposa". Avara o posesiva y miedosa temía que si conocían como se llamaba me robarían una parte de él. Una de las niñas me ha pedido permiso para usar el columpio que mi padre colgó en los bajos del bungalow y que yo no utilizo ya. Le he dicho que sí, y les he dado los primeros empujones. Reían felices e, igualmente, reía yo sintiéndome niña, cosa que ya no soy.

Ayer, en pleno ocaso, mi padre me llamó y me dijo "Siéntate y escucha lo que se dice en el Génesis sobre la creación. Todo esto que ves en torno, tan bello, ha sido obra de Dios, y nosotros hemos de conservarlo. Escucha: Al principio creó Dios el cielo y la tierra...Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Detuvo mi padre la lectura y en el silencio que se hizo sentí físicamente el hálito de Dios. Pasó una tarde, prosiguió la voz paterna, pasó una mañana:

el día segundo. Y dijo Dios: "Que se junte las aguas de debajo del cielo en un solo sitio y que aparezcan los continentes" De nuevo hizo una pausa mi progenitor, y yo sentí que Dios había creado para mí, sólo para mí, el inmenso océano y las infinitas dunas. Y vio Dios que era bueno todo lo creado. Y yo lo ví más bueno al identificarme con el escenario en el que nos encontrábamos.

¿Que piensas?, dijo mi padre. Y yo le contesté: "No quisiera nunca salir de aquí, no quisiera abandonar esto y tener que ir a vivir en la Tierra Perdida, al Este del Edén". Noté que a mi padre le sorprendía mi contestación.

Hoy me he preguntado sobre que es lo que mas me gusta de mi vida en Punta Umbría. Y no me ha sido difícil encontrar la respuesta. Me produce placer contemplar la luz del alba y la del ocaso, la pureza y el dorado de las dunas que se levantan delante de mi casa. Experimento placer al quitarme los zapatos y caminar descalza por el piso de madera y por la arena. Esos son mis grandes deleites.

No se por qué me he estado acordando de mis amigas, las hijas del vicedónsul inglés. A veces voy a su casa, aunque mi madre prefiere que vengan ellas a la mía. Me gusta ir porque poseen un cofre repleto de disfraces con los que nos vestimos de muchísimas maneras. Quizá ahora, porque estoy en bañador, he echado de menos los fantásticos ropajes del baúl de mis amigas.

Seguramente mis padres pensaron que yo no estaba en casa, que no había regresado de mi paseo vespertino. Pero hoy volví antes por encontrarme algo indispueta. Me eché en la cama. Allí estaba cuando sonó el fonógrafo, un fonógrafo traído de Londres y que con su vocina verde descansa en una esquina del salón. Entreverada con la música oí la voz y las risas de mis padres. Con sigfio me levanté y acerqué a la pared de madera que separa mi dormitorio de la sala, y atisbé por una rendija. Era consciente de mi comportamiento negativo, pero el aliciente de lo que presentía acallaba el sentimiento de culpabilidad. Sin ver a la pareja, adiviné que bailaba. Cuando entraron en el ángulo de mi visión los contemplé: danzaban descalzos al son de un tango cantado por Carlos Gardel. Mis padres habían vivido cuatro años en Buenos Aires, de 1920 a 1924, y fue durante esa estancia bonaerense cuando se aficionaron al tango. Mi padre adquirió varios discos del sello o Casa Odeon que le acompañaron a su regreso a Europa. La voz profunda de Gardel apagó el murmullo y risa de mis progenitores:

"Buenos Aires, la Reina del Plata /Buenos Aires, mi tierra querida,/ escuchá mi canción /que con ella va mi vida"

Temprano iniciamos la caminata hacia el Portil. Este mes las mareas son inmensamente bajas y la playa multiplica su anchura. Hemos partido una hora antes de salir el sol, a las siete. Yo iba en mi caballo, cuyas huellas, fuertemente marcadas en la

arena, indicaban la ruta a los demás. A mi montura se le notaba la alegría de caminar y tuve que contenerla para que no se pusiera al trote, y es que llevaba una semana sin casi moverse. En el Portil hay una laguna cuajada de patos silvestres, ajenos a la presencia del hombre por el momento. En aquel ambiente virgen he vuelto a sentirme en la tierra del Edén. Todo allí era bueno. Regresamos a Punta Umbría a la puesta de sol.

La luna va camino de ser luna llena. Esta noche el mar se ha callado. No lo percibo. En cambio, escucho el constante canto de un grillo. Me ha parecido saber donde se esconde el cantarín animalito, junto a unas uñas de león que plantaron el año pasado para fijar las dunas, y he ido hacia allí. Se ha callado. Retrocedo y vuelve a su cantinela monótona. Intento situar el escondrijo del insecto y mi sentido de la orientación no atina a localizarlo. Creo que el grillo se está burlando de mi ¿Me dice adios? ¿O me está ofreciendo una serenata de enamorado?

Considerando la virginidad de estas aguas y de estas arenas pienso en que todo podrá esfumarse un mal día. Una carretera permitirá llegar hasta nuestro paraíso; casas de cemento desalojarán a nuestros bungalows de madera; vendrá una muchedumbre "golondrina" que humillará a mi edén porque casi siempre la masa va unida al incivismo ¿Cuánto tiempo tardará en ocurrir esto? ¿Diez años? ¿Veinte años? ¿Cincuenta años?. Ya entonces yo habré dejado de ser lo que soy y mi egoísmo no sufrirá como

ahora sufre imaginándome que este paisaje deje también de ser lo que es.

Aquí concluye el primer fascículo escrito por la onubense-inglesa el verano de 1940. Fueron sus postreras vacaciones en una playa de la que ella presintió iba a alejarse para siempre, a juzgar por el matiz y contenido de algunos de sus apuntamientos que, extrañamente, no aluden para nada al verano de 1937 en que con 16 años se enamoró allí, en Punta Umbría, de quien sería su esposo.

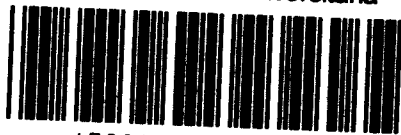
INDICE

	Introducción	7
	Explicación y agradecimiento	11
I.	Un caballo junto al mar	15
II.	Punta Umbría, ayer y anteayer	21
III.	Lirios del mar	27
IV.	Domingueros	29
V.	El loro	31
VI.	Los chiquillos	33
VII.	La lancha	35
VIII.	Veraneantes	37
IX.	Que el pescado es caro	39
X.	El perro y los chiquillos	41
XI.	Letras en la arena	43
XII.	Los veleros	45
XIII.	La canoa	47
XIV.	La misa	49
XV.	Ruidos caseros	51
XVI.	Tertulia bajo las sombrillas	55
XVII.	"La Niña"	57
XVIII.	El eclipse	61
XIX.	Las siete Huelvas	65
XX.	El agua y la sombrilla	69
XXI.	Otros tiempos	71
XXII.	Los bajos	75
XXIII.	Juego de niños	77
XXIV.	Los albañiles y el afilador	81
XXV.	Mendigo de tesoros	83
XXVI.	La señal de la cruz	85
XXVII.	Civismo e insolidaridad	87

XXVIII.	Los del amor oscuro	91
XXIX.	Réquiem por una muñeca y una cometa	93
XXX.	Vendedores playeros	97
XXXI.	El hombre más viejo del pueblo	101
XXXII.	El cohete de medianoche	105
XXXIII.	Los buscadores de oro	109
XXXIV.	Apodos	111
XXXV.	Los nombres antiguos de los chalets	115
XXXVI.	El caballo abandonado	119
XXXVII.	Tristezas	123
XXXVIII.	El molino ya no está	127
XXXIX.	Mónica y Mariano	131
XL.	Las fábricas de hielo y gaseosas	133
XLI.	La niña y las olas	135
XLII.	Las vendedoras de pescado	137
XLIII.	La Romería	139
XLIV.	Mis personajes inolvidables	141
XLV.	Diario apócrifo de una joven inglesa	145

**Este libro se terminó
de imprimir en los talleres de
Essan Graphic, S.L. Punta Umbría
el día 11 de Octubre de 1999
vispera de la festividad
de la Virgen del Pilar**

ULPGC. Biblioteca Universitaria



780115

BIG 860-3 MOR cua

Como acertadamente escribe Ortega y Gasset en nuestro discurrir por la vida nos vamos vinculando a paisajes en los que se sitúan los instantes felices o desgraciados que nos han tocado vivir. No cabe duda que el autor de este libro mantiene una relación casi panteísta con los escenarios de Punta Umbría. Quizá por haber nacido a la orilla del mar, en una isla, no le fue difícil adaptar sus sentidos a esta tierra azul, verde y dorada. Sus renglones rezuman esa compenetración, esa identificación, ese amor que demuestra que el paisaje puntaumbriense es uno de los que se pueden considerar claves o determinantes en la vida del autor.



En su condición de historiador, Morales Padrón, actualmente Profesor Emérito de la Universidad de Sevilla, no le ha regateado curiosidad al presente, al mundo en torno, con el resultado de un importante corpus de ensayos y artículos periodísticos, entre los que cabe incluir estos CUADERNOS DE PUNTA UMBRÍA. Su labor docente e investigadora le ha llevado a transitar por caminos históricos de Sevilla, Canarias y América. Obra suya son esenciales títulos de una bibliografía usada en la docencia americanista a los que hemos de añadir estos otros representados por *Sevilla insólita*, *La ciudad de los cinco nombres*, *Soñando caminos*, *Caminos de la tarde*, *Dos poetas y un enigma*, *He vuelto*, *Cartas a Dácil*, etc. A este grupo de monografías se incorpora Cuadernos de Punta Umbría bajo cuyo título el autor plasma un especial retrato de la villa marinera, escenario en el que confiesa haber elaborado muchos de sus trabajos y haber vivido intensamente en contacto con una naturaleza única.



AYUNTAMIENTO DE PUNTA UMBRÍA. CONCEJALÍA DE CULTURA